

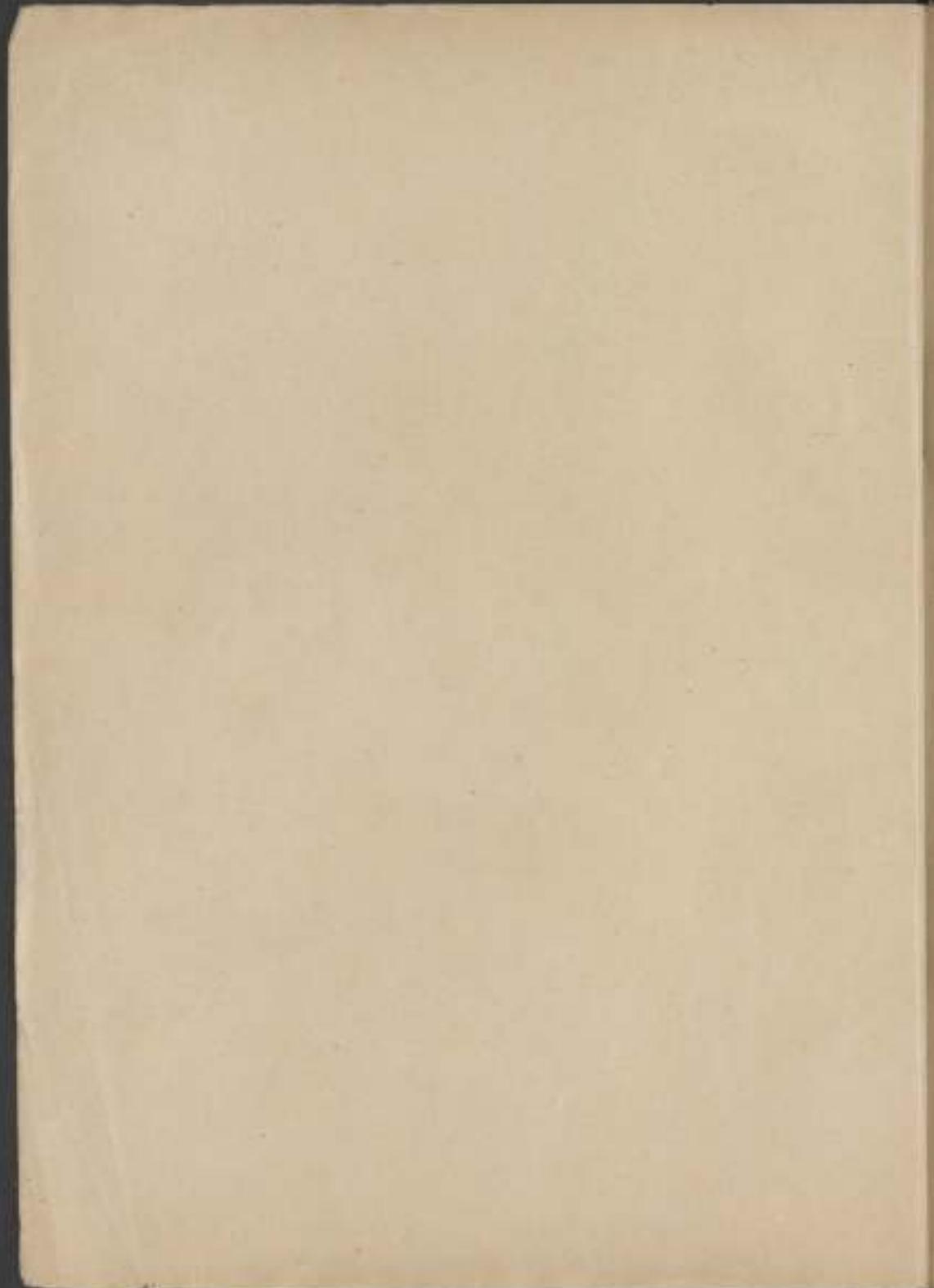
ANA MARIA
CUSTODIO

JOSE
MOJICA

MI ULTIMO AMOR

1 pta

EDICIONES
BISTAGNE



MI ULTIMO AMOR

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 16551 - BARCELONA

MI ULTIMO AMOR

Delicioso asunto, hablado y cantado en español, creación
del popularísimo tenor

José Mojica

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Fernando	José Mojca
Diana	ANA MARÍA CUSTODIO
Tía Susana	ELVIDA MORLA
Abuela	CARMEN RODRÍGUEZ
Betsy	MINI AGUOLIA
Lord Harry	ANDRÉS P. DE SEGUROLA

Mi último amor

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Era a media tarde. Caía el sol como una caricia sobre la hermosa costa de California. Los pescadores, formando grupos, sentados sobre la arena, tejían las redes, las suaves, pero resistentes mallas que habrían de servir para aprisionar enormes masas de peces. Llegaba hasta ellos el eco dulzón de aquellas olas que tenían como un azul mediterráneo. A su ritmo bello y sosegado que parecía ignorar las grandes tempestades, todos cantaban con un afán alegre de expansión... Mujeres y niños se unían al entonar una canción, henchida de un aire atractivo y simpático.

*Las olas cantan
mientras sueñan
por el anclado.*

*que lejano está,
En esas olas
va mi confianza
y la esperanza
que volverá.
Desde esta playa
con tristeza yo espero
y hacia el hombre que quiere
mi canción cantaré.
En esas olas
va mi confianza
y la esperanza
que pronto volverá.*

Y las pescadoras, de lindos ojos claros, cuyo color cambiaba según cambiaba el color del mar, parecían encontrar un consuelo en aquel canto que evocaba un ansia misteriosa de amor, el anhelo que de lejos viniera aquel galán desconocido y juvenil a perfumar sus vidas solas y recogidas, que querían estallar alegres con el frescor del clavel.

De pronto una onda intensa y palpitante pareció pasar por aquel trozo de playa, cual una extraña conmoción. Todos los rostros miraron hacia el mismo sitio, todos los labios se abrieron, brotando de ellos la sonrisa como el agua del manantial. Un buen mozo avanzaba hacia ellos repartiendo apretones de manos, prodigando palmadas afectuosas, teniendo para todos la palabra melosa y alegre que nace de la sinceridad.

—¡Hola, Felipe! ¡Francisco! ¡José! ¿Qué tal?

—¿Qué tal, Fernando? ¡Vaya con Fernando! — le contestaban.

Y repetían su nombre hombres y mujeres, admirando al recién venido, cuya figura era como la encarnación de la juventud y de la gracia varonil. Era alto, fuerte, esbelto, de cabeza morena, en la que brillaban los ojos negros y reidores que parecían ocultar para cada bella la estrofa de su cariño, de boca siempre sonriente en que los dientes, fuertes y apretados, tenían una blancura de luz lunar.

Habían todos abandonado su labor y le rodeaban ávidos de permanecer con aquel caminante de los mares.

—Oye, Fernando — le dijo una de las jóvenes—: ¿dónde has estado? ¡Si vieras cómo te hemos encontrado a faltar!

—Pues he estado por el mundo.

—Ven aquí, Fernando — rogó un pescador—. Siéntate con nosotros.

—¡Aquí, Fernando, aquí! ¡Siéntate aquí! Estarás mejor — le suplicaba una muchacha de cabello negro en que el mar parecía a veces reflejar su tono azul.

—No, aquí... aquí...

Todo el mundo pretendía invitarle, disputándose el honor de tener junto a sí a aquel alegre bohemio de los campos y de los mares que recorría el mundo como un peregrino amable y conquistador. Los hombres le admiraban por su valentía, por su generosidad, y las mujeres por su figura esbelta y, sobre todo, por aquella simpatía que emanaba de su voz y de sus ojos y que era como su mejor blasón.

Fernando, sin abandonar su sonrisa cariñosa, procuró librarse de aquellos brazos que le estrujaban.

—No, no puedo. Tengo que irme. Sólo me detuve un momento para saludaros.

—¿No te vas a quedar aquí?

—Pero ¿nos vas a dejar tan pronto?

Y las chiquillas ensombrecían su mirar con el amargor de que la dicha fuese siempre tan breve.

—No hay otro remedio — exclamó Fernando.

—Pero ¿adónde vas?

—A mi casa, a las montañas.

—¡Qué casa ni qué montañas!
Vas a sentarte aquí.

—Déjalo estar, hija mía — agregó otra de las pescadoras—. Debe tener allá alguna mujer que lo está esperando...

—Sí. Es verdad.

Y Fernando pronunció estas palabras con intensa alegría, como si le evocaran el episodio más bello de su existencia.

El alboroto juvenil se acentuó entonces y los comentarios maliciosos se desbordaron.

—¡Tiene una mujer allá arriba!

—¿Cómo es? ¡Anda, cuenta!

—¡Dinos, dinos! ¿Te quiere mucho?

—¿Es muy guapa?

—Si habláis todas a la vez, no podré explicarme.

—Ya callamos.

—Pues es una mujer encantadora y me quiere locamente.

—¿Sí? ¿Y cómo es, cómo?

—Explicanos, Fernando... ¡Qué suerte tienes en la vida!

Fernando pareció complacerse en el ligero disgusto que veía reflejado en los ojos femeninos, y empezó a hablar con la satisfacción del hombre que se ha adueñado del auditorio.

—Veréa. Es pequeñita... Con

unos ojos grandes y vivos... Alegre como unas castañuelas... con una boca fresca que sonríe siempre... y unas manos muy blancas...

—Se ve cuán enamorado estás de ella. ¿Y cuántos años tiene?

—Pues... sesenta.

—¿Sesenta años?

—Sí. Es mi abuela.

Estallaron grandes risas... y una de las muchachitas, creyendo que Fernando se estaba burlando de ellas, protestó:

—Eso es un cuento.

—Te juro que es verdad. Hace años que no la veo... ¡Llevo tanto tiempo recorriendo el mundo!... Pero ahora quiero ir a casa para pasar con ella el día de su santo.

Ya no dudaron más, y la alegría y la confianza volvieron a renacer en todas.

Una de las pescadoras, una muchachita ingenua y bella como una flor, le suplicó con un mohín mimoso:

—Entonces, ¿nos vas a ser fiel allá en lo alto de tus montañas?

—He recorrido el mundo de parte a parte y he sido siempre fiel... a cada mujer que he encontrado.

—¡Picarón!

—¡Siempre el mismo!

—¡Ingrato!

Las muchachas, entre risueñas y disgustadas, le llenaban de repro-

ches en cuyo fondo palpitaba la admiración. Los hombres experimentaban cierto anhelo de emulación, aunque comprendiendo la distancia que siempre les separaría del triunfador.

—Vais a oír la historia de mis amores...

Y Fernando, con su hermosa voz de tenor y mirando muy picarescamente a la muchachita de los ojos de flor, empezó a cantar:

*Hallé una linda getsha en el Japón,
Fue una cosa singular
el que sin hablar en japonés
su amor no se negó a entregar.
Y para mí dicha descubrí
que es muy fácil conquistar
si para unirse sólo con los ojos
hay que hablar.*

Todos rieron, y Fernando, dejando a un lado a su amiguita ingenua, cogió por el brazo a otra pescadora y reanudó su canto:

*Después cruzando el ancho mar
en una isla tropical
hallé una ondulante sirena
allí en el florido Havai...
Sus ojos y su sonrisa
me hicieron el mundo olvidar...*

Y con una graciosa sonrisa buscó a continuación a otra de las pescadoras, y a ella pareció dedicar su nueva estrofa ardiente:

*Poco después en Argentina un nuevo
amor me encontró...
Allí, al compás de un tempo lento,
con una amiga élite bailaba
y cuando menos yo esperaba*

*con sólo una mirada me habló de amor.
Ojos, ojos argentinos,
ojos más divinos,
que con una mirada embriagaron el alma de
Ojos, ojos misteriosos, [amor,
ojos dulcerosos,
que nunca olvidaré.*

Un automóvil se había detenido junto a ellos. Lo ocupaban dos señoras de aspecto distinguido. La una era de alguna edad; la otra, joven, muy rubia, de grandes ojos claros y azules como una miniatura del mar. La voz de Fernando era tan bella, tan henchida de suaves matices, que habían querido escucharla. Y Fernando, más sonriente al ver a aquellas dos nuevas admiradoras, que se detenían para oírle, prosiguió:

*Mas luego en Francia hallé el encanto de una
[música parisienne.
"Petite, petite, ma belle petite",
Su nombre nunca pude en realidad saber,
Mas se recuerda en las burbujas del cham-
"Petite, petite, ma belle petite". [pés.
Ton nom toujours sera ton souvenir,
En moi véra,
Ton nom est "ma petite".*

Las muchachas cantaron a coro, acompañando su voz con sus palmas:

*Dinos, por fin, tu secreto mejor,
si de tanto eres copos,
Cuál fué de todas tu más grande amor,
A quién quisiste más.*

Fernando pareció distraído. Había clavado su mirada en la rubia damita del coche, mirada correspon-

dida por ella con igual atención y curiosidad.

Por primera vez en su juventud, en el tiempo que llevaba pasando de un amor a otro amor, la presencia de una mujer le causaba una impresión profunda, sin ninguna de las ligerezas y superficialidades de antes... Estuvo callado unos momentos, bebiendo la luz de aquella mirada azul, el encanto de aquel rostro que podía compendiarse en una sola palabra: "distinción". También ella le miraba abstraída, como turbada por aquella voz de oro y el relato luminoso de un vivir consagrado al amor.

Pero Fernando reaccionó de pronto y prosiguió su canción:

*Las quise a todas en general,
Siempre el último amor
me parece el mejor...
y a quien me ama no sé olvidar.
Han sido todos un grande amor,
Su recuerdo será lo que fiel vivirá
mientras viva este corazón,
Mi amor nunca ha tenido ni fronteras ni co-
lección,
y alegre pienso así regarlo en el mundo,
Las quiero a todas
en general,
Mi último amor es el mejor.*

Miraba a la rubia, que pareció arquear un poco las cejas, levemente disgustada ante tanto relato amoroso. Pero él continuó muy cerca del automóvil y declamando esta vez con tono apasionado:

*Las quise a todas en general,
y yo no sé por qué será que siempre
el último amor me parece el mejor
y a quien me ama no sé olvidar.
Han sido todos un grande amor,
Su recuerdo será lo que fiel vivirá
mientras viva este corazón... ¡Ah!*

Y alzando la voz y cantando con bello y ardoroso brío, acabó la estrofa, mirando de nuevo a la desconocida, como si lo demás no le importase en el mundo.

*Mi amor nunca ha tenido ni fronteras ni co-
lección,
y alegre pienso así regarlo en el mundo.
Las quiero a todas en general...
Me gustan todas en general...
Pero... esa rubia, nunca más.*

Y señaló a la linda criatura y su mirada se cruzó otra vez con la de ella, produciéndose un choque espiritual. Ella sonrió, agradecida a la linda improvisación, pero la dama que la acompañaba y que ya había demostrado en otros momentos su impaciencia, dió orden al chofer de que prosiguiera la marcha, y el automóvil desapareció rápidamente, no sin que la rubia volviera varias veces la cabeza para poder contemplar aún al cantador.

Fernando guardó silencio, admirando aquella suave figura de mujer empujéñecida en el coche y que se alejaba velozmente. Un suave velo de melancolía cruzó sus ojos ardientes. Sus labios tuvieron una última sonrisa para el vehículo lejano.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Las muchachas, que habían experimentado cierta envidia viendo cómo Fernando, olvidándolas en absoluto, dedicaba toda su atención a la desconocida, empezaron a murmurar:

—¿Conoces a esa señorita?

—Parece que te ha impresionado mucho...

—¿Es amiga tuya?

—Y la carabina que va con ella, ¿sabes quién es?

Hablaban nerviosamente, casi a la vez, mientras Fernando seguía distraído y nostálgico.

Una de las pescadoras le dijo con malicia:

—Hijo, me parece que a la vieja le has dado el flechazo.

—Porque lo que es la joven, no creo que llegues a conquistarla en

tu vida... ¿No has visto la gran dama que parece? — insistió otra.

Fernando no parecía oírlas; seguía impávido con la mirada en el lejano horizonte.

—Bueno, ¿qué haces ahí parado?

—¿No tenías tanta prisa para irte?

—Vas a llegar tarde al santo de tu abuela.

—Y te va a zurrar.

—Pero, nene, ¿qué te pasa?

Se reían de él, hasta que de pronto Fernando se volvió y les dijo:

—No os preocupéis tanto de mí... Todavía faltan algunos días para el santo de mi viejita. Tengo tiempo... para muchas cosas...

Y su risa rasgó el aire con una sonoridad de melodía.

* * *

Al día siguiente la rubia del automóvil se hallaba en la terraza de un hotel contemplando el limpio y cautivador panorama del mar. Su alma parecía encontrar motivos de felicidad en la inmensa sábana azul sobre la que el sol ponía como un resplandor de joyas. Sus labios ro-

jos de esmalte sonreían ante las olas suaves, cuyo rumor adormece y hace soñar.

De pronto, detrás de ella sonó una dulce voz, pero de inflexión varonil.

—¿Verdad que es precioso?

Volvióse rápidamente y vió a un

joven vestido a la usanza montañesa al que reconoció inmediatamente como el que el día anterior había cantado en la costa. Parpadeó un poco, deslumbrada por aquella aparición que no podía esperar.

—¿Eh? ¿Qué hace usted aquí?

—Yo soy también un admirador de todo lo que es hermoso, miss Diana Carter.

Y señaló la línea del mar, bañada en luz, donde a lo lejos unos veleros ponían su nota blanca de ondulación.

Miss Diana iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Cuando uno pregunta cómo se llama la mujer más bonita que hay aquí, todo el mundo contesta: Diana Carter.

Diana sonrió, y pareció desviar la mirada azul. Aquel muchacho, con su canto tan lindo, con su figura tan apuesta, con su simpatía tan única y personal, le había cautivado profundamente. La noche última se había despertado varias veces y su imaginación forjaba en la oscuridad el recuerdo del joven desconocido. Pero ¿no era una tontería pensar en él? Si no lo veía más, si era como un ave que cruzase una sola vez el cielo... Ahora, al hallarlo inesperadamente a su lado, no podía ocultar cierta emoción.

Como si no hubiera oído las palabras galantes de él, comentó:

—Decía usted no sé qué de la costa...

—Sí. Es también muy hermosa... Espero que algún día me permitirá usted que le muestre estas bellezas desde mi barco... un pequeño hote que tengo allí anclado...

—Sí. Me encantaría, pero no me atrevo...

—¿Por qué? Es muy seguro. No tenga usted cuidado...

La sonrisa de ella se acentuó con un mohín delicioso de picardía.

—Lo creo... Pero, vamos, ¡t con usted...

—¿Por qué no? Conozco la costa palmo a palmo... Diga usted que vendrá alguna vez... Por favor...

—No sé...

Desde el interior del hotel se oyó una voz de matiz agresivo:

—¡Diana!

La joven volvió nerviosamente la cabeza hacia el lugar de donde la llamaban, y luego, mirando de nuevo a Fernando, le dijo:

—Mi tía me está llamando... Tengo que marcharme.

—¡Qué lástima! Pero por lo menos prométame usted que me permitirá verla de nuevo.

—¡Es difícil! No sé...

—Se lo suplico, Diana...

Ella le envolvió en una sonrisa que era como una afirmación, de- jando al buen mozo con el gusto de la dicha en los labios.

* * *

Habían pasado varios días. El casino estaba concurridísimo por elegantes bañistas. Sentadas ante los veladores sorbían los cocktails o vermouths. La atmósfera era transparente y por los grandes ventanales se encuadraba el mar bajo el pálido sol de la tarde.

En una de las mesas se hallaban dos bañistas, madre e hija, bebiendo lentamente un líquido de opalino color.

De pronto la madre vió entrar en la sala a un elegante caballero de unos cincuenta y tantos años, extremadamente pulido, irreprochable en su vestido inglés, cargado de joyas, y con el escasísimo cabello brillante como el charol. Todo él denotaba al hombre presumido que quiere alargar la juventud de una manera prodigiosa. Rico, libre, llevaba una vida de parásito, de petimetre que se cree ser objeto de las atenciones de las damas.

—Mira. Ahí viene lord Harry Kendall. Sé amable con él — co-

mentó la madre, deseosa de que su niña alcanzara un buen partido.

La hija hizo un gesto de cansancio y aburrimiento invencibles.

—¿Para que nos dé la lata toda la tarde? ¡Vaya un plan!

Lord Harry pasó cerca de ellas con aire un poco distraído y nervioso, y la dama le llamó con vehemencia:

—¡Oh! ¡Muy buenas tardes, lord Harry!... Mi hija me hablaba de usted en este mismo momento con un entusiasmo... Le ha sido usted tan simpático... tan... Pero ¿no se sienta usted con nosotras?

—No. Muchas gracias. Ando en busca de...

Y mirando a la jovencita, que tenía fruncido el ceño denotando su hondo disgusto, continuó:

—Estaba usted preciosa en la piscina esta mañana. Hubiera ido de muy buena gana a reunirme con usted, pero mi maldito criado había perdido mi traje de baño. Y no hu-

biera sido correcto presentarme sin traje de baño, ¿verdad?

—Lo siento — respondió la joven fríamente.

— Mañana probablemente la acompañaré. Perdón, veo allí unas amigas. Tengo ahora que irme. Les veré luego... ¡Buenas tardes!

Y se dirigió al vestíbulo del hotel donde había unas cuantas muchachas en vaporoso "maillot"...

Gustaba de conversar con aquellas criaturas fáciles y alegres, entre las que tenía cierto prestigio... Pero dominaba un poco su temperamento alborotado, pues planes de mayor seriedad quería llevar a término. Físicamente, después de una vida de diversión y agotamiento, y aunque él procuraba disimularlo, se sentía viejo y pensaba que había llegado la hora de sentar de una vez la cabeza y casarse. Tenía ya la mujer elegida, una criatura bella y rubia que ni soñada. Estaba seguro de que sería bien acogido, porque su fortuna amansaría los obstáculos que se pudieran presentar.

Entretanto, sentadas en la terraza se hallaban Diana Carter, su tía Susana, que era la señora que iba en el automóvil con ella cuando oyeron las canciones de Fernando, y su prima Betsy.

Diana era huérfana y había vivido toda su vida con tía Susana,

que la hizo las veces de madre. Doña Susana era señora de la alta sociedad, acostumbrada al lujo y al refinamiento de una vida en grande y que ahora en estos últimos tiempos, por desgraciadas especulaciones bursátiles, había perdido toda su fortuna. La vida se presentaba ante ella como un pavoroso problema difícil de resolver. ¿Cómo adaptarse al nuevo y pequeño estado social que exigía la pobreza, cuando tenían el lastre de los recuerdos, de los compromisos, de la necesidad de aparentar y de ser?

Diana, más joven, no reparaba en ello y se entregaba a la vida frívola de la playa.

Betsy era una prima lejana, de una edad que oscilaba entre los treinta y cinco y los cincuenta. A veces parecía muy joven, cuando se le iluminaban los ojos como dos lámparas ardientes; a veces, en cambio, su rostro adquiría una expresión fatigosa, como si el recuerdo la atormentase demasiado y no la dejara vivir a gusto. Había tenido un amor en su juventud, un amor que resultó engañoso y que puso en su alma la huella de la melancolía... Resignada a quedarse soltera, se interesaba, sin embargo, por los amores de los demás.

Doña Susana miró escandalizada a su sobrina Diana, que había lle-

gado momentos antes de la terraza más avanzada al mar.

—Hija mía, me estás disgustando mucho con tu proceder.

—¿Hasta cuándo vas a dar vueltas a lo mismo, tía?

—¿Qué os pasa ahora? — interrumpió Betsy—. ¿A qué viene esa escena de familia?

Doña Susana se revolvió en su asiento.

—¡Imagínate! Desaparece horas enteras... Anda con ese pescador desarropado. Con un cualquiera. Está con él a todas horas en la playa, en el barco, y mientras tanto, figúrate, tiene abandonado al pobre lord Harry.

Betsy sonrió.

—No me sorprende. Lord Harry no está ya para inspirar pasiones.

Diana, contenta de que su prima la ayudase, corroboró:

—Además, ¿sabes?, con el calor se le destiñe el poco pelo que le queda. Anoche acabó con toda la cabeza azul.

—Ya lo ves. Se burla de él. ¡Un hombre que tiene tantísimo dinero!

—¿Y por eso es por lo que quieres que me case con él? ¿Por su dinero?

—Tú dirás, si no... Si no llega a ser por lord Harry, ya nos hubieran puesto los baúles en la calle.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿De qué crees, entonces, que hemos estado viviendo estos últimos meses? Gracias a que lord Harry es todo un caballero...

Betsy guardaba un silencio amargo, y Diana, sorprendida por aquello tan inesperado y cruel, apenas acertaba a hablar.

—Pero... ¿es que?...

—Sí, hija mía, sí. No te hagas de nuevas ahora. Ya comprenderás que no lo ha hecho por mí, ¿verdad? No, no pongas esa cara... Teníamos que vestirnos, que comer. Estas habitaciones en el hotel, el automóvil... ¿De dónde crees que ha salido todo? Lord Harry era la única persona en quien podía confiar... Lo he hecho por ti, sólo por ti, querida mía...

Diana estaba a punto de llorar. Tan monstruoso, tan terrible le parecía aquello. ¡Y ella había vivido sin darse cuenta en esta atmósfera artificiosa de opio! Se había creído rica y no reparó en gastar con el derroche sin medida de las millonarias. Y ahora, en un momento, descubriría toda la verdad, conocía que cuanto tenían pertenecía a lord Harry, aquel viejo presuntuoso que le causaba repulsión...

—Pero, tía Susana, ¿cómo has podido llegar a?...

—No es cuestión de poder o de no poder. Es cuestión de tener. Com-

prendo que, quizás, nos hemos comprometido demasiado. Por eso mismo la solución más decente es que te cases con él...

—¿Yo? Pero, tía Susana... ¿no habría manera de que?...

Estaba exasperada. Unir su vida a la de aquel hombre le parecía horrible. ¡Y era su propia familia la que le empujaba a ese destino!

Iba a contestar tía Susana insistiendo en sus apreciaciones cuando un camarero se acercó al grupo y quedó en respetuoso silencio.

—¿Qué desca? — preguntó tía Susana.

—Lo siento, señora. Pero no podemos servir la merienda de las señoras.

Las tres damas se miraron sofocadas. Tía Susana creyó no haber oído bien.

—¿Cómo dice?

—La gerencia se ve imposibilitada de concederles más crédito. El gerente desea ver a la señora.

Esta se levantó.

—¡Qué insolencia! ¿Dónde está el director? No he visto nunca un atrevimiento semejante.

Y herida en las fibras más íntimas de su alma, viéndose humillada de aquel modo por primera vez, marchó a la Dirección dejando a Betsy y a Diana sumidas en los comentarios de la difícil realidad.



Lord Harry se hallaba en el bar del hotel rodeando a un grupo de bellísimas bañistas. Con enfático gesto explicaba su última aventura que era coreada por las risas y argentinas voces de aquellas alegres y desenvueltas muchachitas.

—...De repente vi un enorme pez espada que iba a atacarla... Había que hacer algo. Me precipité al mar

con mi traje de comodoro y todo, mi monóculo y daga en mano... Y entonces...

En aquel instante vió pasar por el *hall* y entrar precipitadamente en la gerencia a Susana Carter. La dama iba agitada, como bajo los efectos de un gran disgusto...

Sospechando lo que podría ocurrir y llevado del verdadero interés

que tenía por aquella familia, se quiso enterar de lo que ocurría.

—Perdónenme ustedes — dijo poniendo fin a la charla—. Ya continuaré otro día.

—No, no.

—Ahora, ahora mismo...

—No hay derecho, lord Harry.

—Perdónenme, se lo ruego.

Y sin querer atender a las amables súplicas, se encaminó hacia la Dirección. Quería arreglar cuanto antes aquel asunto.

Doña Susana, ante el gerente, expuso con amargo reproche sus quejas:

—¿Por qué esa impaciencia, señor? Ya le he repetido a usted varias veces que mi carta de crédito ha debido extraviarse... Acabo de recibir un cable de mi banquero. Supongo que en el próximo correo...

—Comprendo, señora; pero los propietarios insisten en que liquide usted su cuenta, o...

Apareció lord Harry, quien calándose el rebelde monóculo y dando muestras de gran indignación, dijo:

—Es imperdonable que la Dirección tome esa actitud con la señora Carter...

Doña Susana se volvió hacia el aristócrata, y con toda dignidad exclamó, como si realmente su situación fuese envidiable:

—¡Oh, lord Harry!... Es muy

extraño lo que me sucede... Mi carta de crédito está para llegar...

—Es que...—intervino el gerente.

—No tiene usted que explicarme nada. Yo respondo de la cuenta de esta señora... Que no se diga nunca que un Kendall dejó de auxiliar en un apuro a una mujer hermosa...

—Está bien, señor —contestó el gerente.

Lord Harry dió el brazo a la dama y ambos salieron en dirección a la terraza donde continuaban Betsy y Diana.

Antes de reunirse con ellas, doña Susana manifestó al aristócrata su gratitud por cuanto había hecho.

—Ha sido usted siempre tan gentil con nosotras, que quisiéramos, mi sobrina y yo, poder demostrarle de alguna manera nuestro agradecimiento.

Lord Harry sonrió.

—¡Oh! Ya sabe usted que me consideraría de sobras compensado si su encantadora sobrina aceptase, vamos... considerase con más atención mi posibilidad de relaciones...

Con gesto hipócrita y segura de que al fin su voluntad habría de prevalecer sobre la de Diana, tía Susana contestó:

—¡Qué casualidad! Precisamente le buscaba a usted para decirle

que Diana y yo hemos tenido ya una conversación muy interesante...

—¿De veras? Como yo veía que en estos últimos días parecía esquivar mi presencia...

—¡Nada de eso! Venga conmigo. Está en la terraza en este momento.

—Pues vamos allá.

Sentadas ante el panorama incomparable del mar, las dos primas comentaban la situación, Betsy sentía verdadera simpatía por Diana y se inclinaba a su favor.

—¿Qué vas a hacer, Diana? ¿Qué vas a hacer de lord Harry?

Con una gran melancolía, ella respondió:

—No lo sé. La situación no me da lugar a elegir. ¿Quién hubiera podido pensar nunca en lo que ocurre?

—Es verdad.

En aquel momento vieron acercarse a tía Susana y a lord Harry, que conversaban animadamente.

La dama, con una sonrisa que quería ser amable y en el fondo era imperiosa, habló a Diana.

—Querida mía, aquí te traigo a lord Harry. ¿No preguntabas por él?

La muchacha hizo un gesto de sorpresa. ¡Ah! ¡Cómo apretaban la argolla en que querían encerrar su juventud, su corazón, su alma, como

si éstos no tuvieran derecho a ser libres e independientes!

Lord Harry besó cariñosamente la mano de aquella mujercita de sus ensueños, de aquella criatura que compendia su última ilusión.

—Es una sorpresa agradabilísima para mí encontrar a ustedes. ¿Desean ustedes tomar algo?

Susana sonrió e hizo a Betsy un signo de complicidad invitándola a levantarse.

—Yo no puedo. Muchas gracias. —se disculpó luego—. Mi prima me ha rogado que la acompañe de compras, a elegir unos pañuelos... ¿verdad?

Betsy la miró, sin comprender bien.

—¿Qué?

—Sí, sí... Unos pañuelos, ¿no?

La solterona se dió cuenta entonces de lo que pretendía su ladina e interesada parienta. Que Diana se quedase a solas con el arruinado conquistador.

—¡Ah, sí!... Unos pañuelos; es verdad, unos pañuelos...

Y se levantó repitiendo con extraña entonación aquella palabra, y alejose de allí con Susana, que deseaba quedase a solas la pareja.

Lord Harry se había sentado junto a Diana, cuya mirada de mujer que adivina ya las amarguras de la vida, se fijaba en el enigmático mar.

Tía Susana había querido dejarla con lord Harry, seguramente para provocar una explicación definitiva. Y ¿qué tendría que hacer? ¿Negarse? Eso significaría la ruina, que tanto asustaba a tía Susana, que sólo sabían vivir con ostentación... ¿Aceptar? ¡Esto quería decir tanto! Renunciar a la juventud, tal vez al probable amor —no se atrevía aún bien a confesarlo— que sentía por Fernando, el alegre pescador que algunas mañanas la acompañaba y la hacía sentir con sus palabras melosas, lo que debía ser la felicidad. ¡Qué locura! Debía renunciar a todo, sacrificarse... Si ella se negaba, su tía iba a descender rápidamente de rango, conocería la pobreza, para la que estaba sin preparación, tal vez enfermase, muriera... ¡No, no! Ella no quería tener sobre sí el peso de esa responsabilidad sombría.

Vino a sacarla de su enajenamiento la voz de lord Harry que con mucha amabilidad le decía:

—Dentro de poco tiempo, tengo el presentimiento de que va usted a ser muy feliz...

Distraída, le respondió:

—¿Adivina usted el porvenir?

—A veces. ¿Me deja usted que lea las líneas de esa mano de nieve?

—Tome usted.

Acarició la mano fina y pálida en que las venas eran como caminos azules de un paisaje en miniatura.

—¡Oh!

—¿Qué ve usted?

—Veo una boda que hará su felicidad.

Su sonrisa fué un poco irónica, con ese caudal burlón que tiene toda alma de mujer.

—¿Con un hombre joven y desconocido?

—¡Hum! Bueno, no joven precisamente... Un hombre que le dará todo cuanto pueda desear... todo lo que pueda conseguir... y tendrá para usted una fortuna de muchos millones...

—¿De veras?

—Sí, Diana... Un hombre que la adora a usted hasta el punto de decirle... "Diana... ¿quiere usted ser Lady Kendall?..."

A pesar de que esperaba esta declaración, la realidad la sobrecogió, y quedó unos momentos pálida e indecisa sin contestar.

Lord Harry, más animado por aquel silencio que le parecía una conformidad, abrió un pequeño estuche de terciopelo y sacó de él un precioso anillo de brillantes.

—¿Qué le parece a usted?

—Me parece magnífico — contestó, displicente.

—Fué de mi primera mujer...
¿Me permite usted que se lo ofrezca?

Y animado por su propia audacia, lo introdujo en uno de los dedos de ella.

Una sombra de pesar nubló los ojos de la bella joven. Aquel anillo que brillaba en su dedo con un reflejo de platino, era para ella como la marca de la esclavitud. Comprendió que por amor a los suyos era preciso sacrificarse, hacer la renuncia de su juventud. Los ensueños, los pensamientos alados, acariciados en las horas de optimismo, debían desvanecerse para dar paso a una realidad cruda y dolorosa. De la determinación de ella dependía la felicidad de tía Susana. Y era preciso pagar a esta mujer, que había hecho durante toda su vida las funciones maternas, con aquel desprendimiento y aquella entrega total de su juventud. Pero Diana era una mujer digna; sabía que al conceder su mano a lord Harry no le daba, ni mucho menos, el corazón. Y quería advertírselo con sincera y franca nobleza...

Suspiró dolorosamente al ver refulgir de nuevo la sortija de brillantes y luego, contemplando al viejo que aguardaba una contestación categórica, le dijo:

—Antes, lord Harry, déjeme que le hable con toda sinceridad.

—¿Sinceridad?

—Sí. Para decirle que me voy a casar con usted, pero que no le quiero.

Pronunció estas palabras con la sencillez de una verdadera confesión que fluye jugosa y espontánea, directamente, del alma. Pero a lord Harry no pareció importarle demasiado aquel detalle trascendental.

—Usted no me quiere quizá todavía... Pero me querrá usted cuando pase algún tiempo. Estoy seguro.

—No creo que el tiempo pueda hacer nada en un caso como éste.

—No es por alabarme, pero yo sé muy bien cómo tratar a las mujeres. No tengax ningún miedo por tu futuro conmigo.

Y con aire enfático y risueño besó aquella clara mano de máfil.

Diana, muy nerviosa después de su compromiso, descó poner término a la entrevista.

—¿Me deja usted que me vaya a mi habitación?

Lord Harry se levantó a su vez, presuroso y sonriente:

—Es una idea magnífica... Pasaremos un rato a solas... tú y yo.

—No, no... Estoy cansada, inquieta. No me encuentro bien...

—¿Qué te pasa? ¿Un poco de jaqueca?

—Sí. Seguramente.

—Me alarmas. ¿Quieres que vaya a buscar un médico?

—¡No!... ¡Déjelo! ¿Qué puede hacer el médico?

Y con gesto cansado y triste, abandonó la terraza, dejando por un

momento preocupado a lord Harry. Al fin, éste sonrió, convencido de que nada de aquello tenía importancia. Con el tiempo, y gracias a su arte especial de dominar mujeres, en el que se creía un maestro, conseguiría que Diana fuese menos esquiva, más generosa, en el sentimiento del amor.

* * *

Desde que Diana había aceptado ser su prometida, lord Harry parecía haber rejuvenecido. Se sentía el ser más feliz de la creación. La eglatría que produce el amor se había exacerbado en él en términos extraordinarios. Y para adquirir nuevas fuerzas que los años y los achaques físicos le arrebataban, cultivaba la gimnasia con la alegría de adolescente que espera salir triunfante en la competición.

No reparaba demasiado en la originalidad e interés que tenía aquel futuro matrimonio... Ciertamente ella se casaba obligada por la conveniencia económica, pero Harry estaba seguro de que Diana acabaría amándole vencida por el lujo y la existencia esplendorosa que él le había de proporcionar. No reparaba

en la dificultad de que la juventud pudiera adaptarse a la vejez; además, él no se creía viejo y para evitarlo pasaba largas horas dedicado al ejercicio muscular.

Tenía en su cuarto de hotel una silla de montar colocada sobre una especie de balancín. Y allí, a horcadas, pasaba largas horas imprimiendo cierto movimiento a aquel caballo mecánico. De esta manera fortalecía su organismo, vigorizaba todo su ser, creyendo con ingenuidad que le inyectaba una nueva juventud.

Su criado le contemplaba con cierto asombro viendo aquel tren y aquella energía tan pródigamente derramada.

—¿Qué distancia he recorrido hoy?—le preguntaba lord Harry.

—Tres millas, milord.

—¡Oh! Basta por hoy.

Aspiró profundamente el aire acarició la silla mecánica y exclamó:

—¡Muy bien, "Napoleón", muy bien!... Hay que conservar la línea, sobre todo cuando está uno a punto de casarse. Estoy como un hombre de veinte años, ¿no te parece?

—Sin comparación, milord. ¡Ya quisieran parecerse muchos jóvenes de veinte años!

—¿Verdad? Y, a propósito, ¿cuánto te he subido el sueldo la última vez?

Se sentía generoso, con ganas de rectificar su proverbial tacañería para el personal.

—Nunca me ha aumentado el sueldo, milord.

—¡Qué extraño! Tenía idea de haberte aumentado el salario alguna vez...

—Eso fué a mi padre, señor. Mi madre me lo ha referido varias veces.

—¡Ajá! Puede ser... Me acordaré, me acordaré... Un aumento con motivo de mi próxima boda. ¿Qué te parece?

—Muchas gracias, milord.

Y el sirviente vió salir a su señor y quedó de nuevo admirado de aquella incomparable largueza y se preguntó si lord Harry mantendría su promesa o ésta sería frágil y olvidadiza...

Diana, después de haber dado palabra de matrimonio a lord Harry, consideró que debía romper su amistad con Fernando, el alegre y dicharachero pescador que se había prendido en su corazón como algo propio.

Una simpatía vivísima, que era la eterna llama en que se funden los humanos, unía estrechamente a los dos jóvenes. Prendió la chispa

aquella mañana azul cerca del dorado mar oyéndole cantar sus canciones de reto y de triunfo... Después se fué avivando en la dulzura de los encuentros, de las citas rápidas, de las entrevistas momentáneas, siempre con el temor de que tía Susana los interrumpiera.

Para Fernando era Diana la primera mujer que de veras le había hecho comprender la alegría del

amor, haciéndole admirar a través de ella todas las cosas del mundo. Nunca le parecieron las cosas tan adorables, tan llenas de vida y de belleza como entonces.

También para Diana representaba Fernando sencillamente el único amor, el hombre cuyo recuerdo se presentaba poetizado y luminoso en su mente.

Pero todo ese ensueño delicioso debía terminar. Comprendía Diana la necesidad de no prolongarlo más y de dar el difícil adiós que en el alma no será nunca adiós definitivo.

Aquella mañana Diana, con el ánimo de provocar la explicación había aceptado efectuar una pequeña excursión en el velero de Fernando. El aire era cortante y fresco... Marchaban a toda vela empujados por la fuerte brisa matinal.

De pronto en una de las rachas de aire, a punto estuvo la enorme lona extendida de darles un golpe en la cabeza y tuvieron que inclinarse rápidamente para salvarse de la poco agradable caricia.

Fernando se echó a reír sonoramente y, con una luz de felicidad en los ojos, le dijo:

—Has esquivado como un verdadero pirata.

—¿No estás tú hecho mal pirata!

—Tú eres el pirata, porque me estás robando la calma.

—Lo siento. Ya te la devolveré. Han sido unos días divertidísimos, ¿no crees?

—¿Han sido?

Una sombra de inquietud pasó por los hermosos ojos de la muchacha. Comprendió que era preciso una explicación que rompiese aquel ensueño corto y frágil... Ya no era posible volver atrás. Tenía que renunciar a aquel prólogo de felicidad que había comenzado a vivir...

Bajando la cabeza, como si temiese la mirada apasionada del mozo, habló:

—Sí... Ha sido una aventura deliciosa, inolvidable... Pero es necesario terminarla.

—¿Terminarla? ¿Por qué?

—Fernando, no puedo volver a verte más... Tenemos que decirnos adiós. Mi vida ha sufrido un cambio muy importante.

—El amor es lo más importante que hay en el mundo.

—¿Tú crees? ¿Has probado de pagar deudas con él?

Y rió como si se burlase del joven.

—No sé nunca cuándo me hablas en serio—contestó, enfadado.

—Nunca, quizás.

—¿Nunca? ¿Nunca?

Y estrechándola cariñosamente

entre sus brazos la besó en los labios con un beso que ella aceptó, conmovida y débil.

—¿Ni ahora, ni cuando te tengo entre mis brazos y te beso? ¿Siempre bromas, nunca eres sincera conmigo?

—¡Fernando! ¡Por favor!

—No lo niegues. Sé franca conmigo misma. Me quieres.

Y volvió a besarla. Ella se rindió unos momentos a aquella caricia, pero luego le rechazó con suavidad.

—¡Qué loca he sido! No debía consentir que me besaras.

—¿Y por qué?

Casi con lágrimas en los ojos con el sabor aun de aquellos besos ardientes en la boca, miró tiernamente a Fernando, el hombre que había llenado de perfume la copa blanca y delicada de su espíritu.

—Quiero decirte, Fernando... Páse lo que pase, acuérdate de mí... de mi cariño, de cómo he sido buena para ti hasta ahora...

—No como ahora, Diana. Como en estos días pasados, como en esas horas inolvidables que hemos vivido... sonriente... alegre... Déjame que te vea sonreír... ¡Así!... ¡Así! ¿Ves cómo es mejor?

Y reteniéndola dulcemente entre sus brazos, empezó a cantarle una canción de amor, que el eco del

mar parecía repetir muy a lo lejos:

*Fácil nos parece
el jugar así,
y sonrientes vamos
sin comprender
que es más serio de lo que crees
el juego de amor.
Yo llevo un secreto
guardado en mí
y eres sólo tú
quien lo va a saber.
Muy quedo en tu oído lo diré;
dame tu mano y ven,
Te llevaré al edén
donde las almas ven
enseñas de amor.
Dame tu mano así
y si dices que sí
harás volar en sí
a un loco de amor.*

Se detuvo unos instantes, pareció beber la luz que despedían las miradas de Diana, y a tiempo que seguía acariciándola, continuó:

*Está en tu mano el que lo quieras tú con-
ceder.
Está en mi mano palpitante y fiel mi querer.
Dame tu mano así,
y si dices que sí
harás volar en sí
mi loco amor.*

Sus labios se fueron acercando, trémulos y brillantes de sol.

Siguió cantando la voz aterciopelada y susurrante del mozo:

*Dame tu mano y ven,
Te llevaré al edén
donde las almas ven
enseñas de amor.
Dame tu mano así,
y si dices que sí
¡oh!, harás volar en sí*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

a un loco de amor.

Está en tu mano el que lo quieras tú conceder.

Esté en mí como palpitante y fiel mi querer.

Dame tu mano así,

y si dices que sí—sí, ¿eh? —sí, ¿eh?

hazé volver en sí

mí loco amor.

Sus labios, que palpitaban ardientes como flores rojas y perfumadas de sol, se fundieron una vez más. Los labios de él moldearon la rosa clavel de la boquita femenina. Oían

a agua marina, a sal...

Ya Diana lo olvidaba todo: Lord Harry, la palabra dada, tía Susana, el interés... Todo se desvanecía al impulso de las caricias del buen mozo que murmuraba su gentil canción... Y se dejó besar, maravillada, mientras en el cielo azul y luminoso, el sol con su rayo de oro besaba también a los dos enamorados...

* * *

Al día siguiente, lord Harry Kendall fué a las habitaciones de Diana a pedirle una explicación. Estaba ofendido, sentía humillación y vergüenza. Le habían dicho que Diana y un joven habían ido el día anterior a pasear en un velero durante varias horas. Esto desesperaba, naturalmente, al buen señor, más por el desastroso efecto que había de causar a los demás que por la propia humillación amorosa. Porque aunque le gustaba profundamente aquella mujer, sentía aún con mayor fuerza el deseo de la vanidad, la satisfacción de que le vieran con una mujer joven y bonita. Deseaba provocar envidias a los buenos mozos que no habían logra-

do una belleza así. Y he aquí que ahora, en un momento, aquella ilusión se desvanecía para sentirse engañado y en ridículo.

Paseaba a grandes zancadas por la habitación y accionaba violentamente.

—Por lo menos, podías tener el decoro de conservar las apariencias. Debías darte cuenta de mi situación. Te hago el honor de pedirte que seas mi mujer, y apenas vuelvo la espalda te escapabas con el primer indocumentado.

Diana, ocultando la ira que pugnaba por estallar, respondió:

—Ya le he dicho por qué lo he ido a ver... Para decirle que todo

ha terminado, y que no vuelva a verme nunca más.

—¡Sí, sí! Eso es lo que tú dices... Pero es lo que dicen los demás lo que me interesa. ¿Te crees tú que no se ha dado cuenta todo el mundo de que te escapas con él a lugares más o menos solitarios?

Diana le miró con altivez. Estaba dispuesta a no ver más a Fernando. Sabía a lo que se debía, cuáles eran sus obligaciones; los compromisos de su conducta moral. Aunque sufriese interiormente, quería evitar la compañía de Fernando. Y ahora este hombre, este lord Harry, indelicado y brutal, se atrevía a censurarla de una manera intolerable.

—¿Puede usted creer eso de mí? —protestó.

—¿Qué voy a hacer? Tu conducta ha sido la de una mujer cualquiera...

—¡Cómo se atreve usted!

—No te digo sino lo que se oye decir en todas partes.

Exasperada por aquellos insultos, Diana no pudo contenerse.

—¡Basta! No quiero oírle más... He sufrido bastante sus injurias... ¡Váyase, váyase ahora mismo!

Al verla en aquella actitud, lord Harry tuvo miedo de haber ido demasiado lejos en sus palabras y qui-

so retroceder con el temor de perder para siempre a Diana.

—¡Bueno, bueno, bueno, hijital! No hay necesidad de enfadarse tanto. Cuando estés más tranquila y se te pueda hablar con calma, volveré.

Y salió calándose el monóculo, el cual en la violencia de la conversación se le había desprendido...

Diana lanzó un suspiro de alivio de satisfacción, viendo marcharse a aquel hombre que era su pesadilla. Pero no tuvo tiempo de ordenar siquiera sus pensamientos. Cedinron las hojas del balcón que daba a la terraza y apareció la inolvidable figura, simpática y varonil, de Fernando, el humilde caminante, pero que tenía una riqueza en juventud y emoción.

—¡Fernando!—exclamó ella, sorprendida—. Te dije que no debíamos volver a vernos más. ¿Por qué has venido?

—Perdóname, pero he querido verte por última vez. Me voy mañana a la montaña...

La estrechó en sus brazos y quiso besar sus labios. Pero ella le apartó con un gesto doloroso.

—¡Por favor, Fernando! ¡Vete!

—No. Quiero saber antes qué es lo que te hace sufrir. Lo he visto en tus ojos esta tarde. Todavía hay en ellos una amargura. ¿Por qué no

quieres decirme qué es lo que te pasa?

—Nada, Fernando, nada...

—Tú no eres feliz aquí... ¿Por qué no vienes conmigo a la montaña? Desaparecerían todas tus penas... ¡Es tan hermosa la montaña, púrpura y verde, bañada de sol! Por la noche la luna bruñe la nieve de las cumbres, y el viento modula una canción de amor que llega de muy lejos...

—¡No, Fernando! ¡No puedo!

Aquella vida, descrita con tan ardientes colores, le agradaba, pero sabía que no la podía vivir y quería evitar toda evocación. Mas Fernando continuaba cada vez más exaltado, poniendo en sus palabras todo el sol de los viejos montes:

—Oirás sonar las guitarras en la fiesta, allá arriba, en mi casa... De todos los poblados vienen nuestros vecinos, los jóvenes y los viejos... Cantan y bailan, hasta muy pasada la noche... Son felices y puros... ¡Oh! Querrás a los míos como yo los quiero... Entre ellos conocerás una felicidad que no has soñado... Aunque sea sólo un día... Prométeme que vendrás conmigo.

—No sé... No sé...

Se oyeron pasos y rápidamente Fernando corrió a ocultarse en el balcón. Entró Betsy con un aire siempre risueño.

—Diana, Diana, tu tía está furiosa. Estábamos en la terraza, y ¿quién crees que se ha presentado hecho una furia? ¡Lord Harry!

Fernando volvió a salir de su escondite. No le temía a esa primita de Diana que sabía no era demasiado enemiga suya.

Betsy lanzó un grito al ver a aquel mozo alegre y sonriente que se hallaba allí como en su propia casa.

—¡Oh! ¡Oh!... Perdone usted, pero...

Diana, recobrando su tranquilidad, aclaró las cosas.

—No te apures, Betsy. La situación no es tan terrible como parece.

—No... Ya veo... No es terrible... Es... admirable.

—Es Fernando Urrutia, de quien ya te he hablado alguna vez... Mi prima Betsy...

—¿Fernando Urrutia? Entonces, ¿es usted el pescador?—exclamó Betsy, sorprendida.

Ella apoyaba el efecto que sentía Diana por el joven, pero creía que éste era un tipo vulgar y humilde y le extrañó encontrarse frente a frente con un hombre que, a pesar de su sencillez en el vestido, tenía algo de señorial, de distinguido, en la figura.

Fernando se inclinó sonriente ante la prima.

—Señora, creo que debo explicarle que...

—No, señora, no, señorita.

—¡Oh! ¡Perdóneme usted! ¡A cuántos hombres habrá hecho desgraciados esa diferencia!... No quisiera que interpretase usted mal mi presencia aquí...

Betsy le concedió una sonrisa que demostraba que se había captado toda su simpatía.

—No, si me parece admirable, pero como Susana va a venir aquí de un momento a otro, he querido prevenir a Diana...

—¡Vete, Fernando! ¡Por favor! —suplicó la joven—. No quiero que mi tía pueda sorprenderte.

—Me marcharé, pero te espero a las siete en el puente viejo.

—Fernando, yo...

—No se admiten excusas. Has de ir. Y cuento con tener el gusto de volver a saludar a la encantadora señorita Betsy.

Se inclinó ante la solterona; besó luego la mano de la amada inolvidable y saltó por el balcón, dejando la estela de la más graciosa y viva simpatía.

Betsy, sonriendo, agradablemente conmovida por el rasgo afectuoso del joven, explicó:

—Verdaderamente es un hombre

devastador... Dime, querida ¿cómo debo interpretar esa cita en el puente viejo?

—Quiere que vaya con él a la montaña a conocer la casa donde ha nacido... ¡Si vieras, Betsy! ¡Tengo tanta ilusión en ir!

—¡Ya comprendo! Yo, en tu caso, también iría al puente, por muy viejo que fuera. Pero ¿estás enamorada de Fernando?

—No lo sé aún... ¿Tú crees que puedo quererle? Me han acostumbrado a una vida tan distinta... Playas de moda, grandes hoteles, yates, automóviles... todo casi de prestado... Pero es parte de mi vida. ¡Ah! Te aseguro que no sé qué daría por ir con él mañana a la montaña.

—Entonces, ve... No te quedes sin lograr esa ilusión. Te lo digo yo, que me he quedado tantas veces... y... ya ves... cómo me he quedado.

Entró como un bólido, precipitadamente, tía Susana

—Diana... Pero, Diana... ¿me puedes explicar? ¿Te has vuelto loca tirando a la calle nuestro porvenir con lord Harry?

Fría, con cierta serenidad, la sobrina le respondió:

—Mi porvenir, querrás decir. Mi vida futura con ese hombre... ¿Has pensado en que soy yo la que tiene que soportarle para toda la vida?

—No tanto, no tanto... Después de casada y sin dar escándalo...

Diana miró a su tía, ofendida de que le propusiera aquella indignidad a la que Susana, mujer que todo lo supeditaba a la necesidad de arreglar su situación, no daba demasiada importancia.

—No, eso no. Cuando me haya casado con él, mi deber será portarme dignamente.

—¡Así es cómo me agradeces todo lo que he hecho por ti! Después de que he empleado todas mis energías y he agotado todos mis recursos para conseguirte un matrimonio ventajosísimo, me dejas sola, me abandonas, ya que no me queda nada en el mundo.

—He prometido que me casaré con lord Harry y cumpliré mi promesa. Hasta entonces soy libre y puedo hacer lo que me parezca bien.

—Sí, lo que te parece bien es rebajarte, arrastrar nuestro nombre... ¡No!

La indignación de Diana llegó a su colmo.

—¡Basta! He sufrido demasiado y óyeme lo que voy a decirte... Si voy a ser vendida al mejor postor, a un hombre a quien no quiero, y mi vida va a ser un infierno, prefiero conocer antes la libertad, la alegría... ¡la felicidad! Sí, sí, y nada ni nadie detendrá mi camino...

Y abandonó la estancia, dando muestras de una agitación profunda.

Tía Susana no salía de su asombro ante aquel primer acto de rebeldía... Betsy, indiferente al parecer, mostraba interiormente una verdadera alegría. ¡Bien por Diana! Así debía hacer las cosas y defender las últimas escencias de su libertad.

Pero Susana suplicó, cruzando las manos con terror:

—¡Háblale tú!... ¡Ve con ella! ¡Deténla!

—¿Detenerla? Lo que voy a hacer es ayudarla a arreglar el equipaje. ¡Eso!

Y salió a su vez lanzando una carcajada que resonó, para el egoísta corazón de tía Susana, como una verdadera burla.



Al día siguiente, Diana acudió a la cita con Fernando Urrutia. Este la había aguardado en el puente viejo. Subieron a un viejo automóvil que guiaba el mismo Fernando y emprendieron la marcha hacia la montaña.

Diana se mostraba alegre y feliz; se había hecho el firme propósito de no pensar en su boda impuesta, hasta el mismo momento de su realización. Entretanto se haría la ilusión de que aquello no tenía que llegar nunca. Y le parecía que Fernando iba a estar siempre a su lado, no siendo posible que otro hombre, aquel aristócrata arruinado físicamente, pudiera ser su dueño.

Llevaban ya un buen rato de camino. Fernando, siempre alegre, sin sospechar la honda tragedia que hería el corazón de la muchacha, la hablaba de sus amores, de su vida errante y aventurera, a la conquista del mundo, de su alma bohemia que le hacía enamorarse de continuo del "último amor", aunque ahora, el último amor era ella, el último definitivamente, el que ce-

rraba con broche de oro el cristal de sus recuerdos. Ella, sonreía, animada por el viaje y por el vértigo de la felicidad. No se acordaba en aquel instante de que existiera lord Harry ni de que, dentro de poco— las cosas se habían concertado rápidamente—, iba a ser la esposa de aquel aristócrata decrepito que podría exigir con una tiranía de señor feudal.

De pronto, en medio de la campiña amplia y desolada, el joven paró el motor.

—¿Por qué nos detenemos ahora?—preguntó ella, sorprendida.

—Para darle de beber al automóvil.

Bajó del coche y llenó de agua el radiador.

Ella, dichosa, comentó:

—El coche tiene mucha sed.

—¡Claro! Como que se pasó la noche de juerga.

—¿Con quién?

Y un puntito de disgusto flotó en sus ojos.

—No te enfades. Este cacharro no es mío. Me lo prestó un amigo

que es coleccionista de antigüedades...

—¡Qué gracioso!

—Así es la verdad. ¡Bueno! Ya estamos. A reanudar la marcha.

Inquieto, contempló unas nubes sombrías que poblaban velozmente el horizonte, y dijo:

—Debemos llegar antes de que nos alcance esa tormenta.

—¿Y si no tenemos tiempo?

—Hay una posada por aquí cerca. Nos refugiaremos en ella.

—Pues suéltale las riendas a tus cuarenta caballos.

—Ahora mismo. Pero ¡caramba! empieza a llover... Hay que ir aprisa.

Lanzó el coche a toda velocidad. Rápidamente la tormenta se hizo más densa; la lluvia caía como una espesa cortina y el horizonte había oscurecido y se iluminaba de vez en cuando con los arañazos de los relámpagos...

La joven estaba nerviosa. Fernando, sin perder la serenidad, se hacía dueño del volante. Sin embargo, al volver un recodo ocurrió un accidente. Patinaron las ruedas del coche; su conductor no pudo dominarlo bien y al efectuar la curva el vehículo se precipitó con violencia contra el terraplén.

El automóvil no sufrió mayor daño, pero Diana, asustada ante el

percance, que hubiera podido ser fatal, se había desvanecido.

Creyendo en algo grave, Fernando cogió en brazos a Diana, y con aquel dulce y amado peso, dirigió sus pasos hacia un refugio que levantaba allí cerca su edificación rústica y sencilla...

Llamó nerviosamente, saliendo a abrir el posadero, a quien dijo con grandes muestras de impaciencia:

—¡Por favor! ¿En dónde puedo acostarla? Hemos tenido un accidente de auto.

—¡Por aquí, señor! ¡Sígame usted! ¡Pobre señorita!

Recorrieron varios cuartos hasta llegar a una pequeña estancia en que había una cama en el fondo.

Fernando dejó sobre el lecho a Diana y tras un breve examen pudo comprender que estaba ileso. Su desmayo provenía únicamente de la impresión sufrida.

Acariciando sus manos y llenándolas de suaves besos, le decía, repitiendo su nombre como una oración:

—¡Diana! ¡Diana! ¡Diana! ¡Diana!

La joven movió su cabecita y sus ojos se abrieron, volviendo luego a entornarlos con suavidad.

—¡Diana! ¡Diana! ¿Estás mejor?—repitió él, cariñosamente.

Afuera seguía cayendo la lluvia

y de vez en cuando resonaba el estrépito formidable de los truenos. Y a su eco los nervios de la joven vibraban con sacudidas de emoción.

—¿Estás mejor?

Su vocecilla fué débil al responder:

—Sí, un poco... Pero me asusta mucho la tormenta.

—No te alarmes. Estás completamente fuera de peligro.

—Por aquí hay tormentas como ésta con mucha frecuencia—advirtió el posadero.

—Sí. Veníamos muy de prisa para refugiarnos a tiempo, y al dar una vuelta mi amiga se dió un ligero golpe contra el parabrisas.

—Voy a traerle de beber algo caliente—indicó el dueño del refugio.

—Muchas gracias. Te sentirás mejor cuando te quites estas ropas empapadas, Diana. Espérame un momento; voy a traer las maletas para que te cambies de ropa. ¿Eh?

—Sí, gracias, Fernando.

El joven desapareció mientras por los labios de Diana pasaba una sonrisa de agradecimiento.

El posadero había dado a Diana una bebida caliente. Ella iba reaccionando. Cambió su traje por otro y ahora junto al hermoso fuego del lar, sentía como el calor penetraba dulcemente por sus venas.

Fernando, sentado a su vera, la contemplaba con admiración y acariciaba sus manos que el fuego llenaba de rubíes...

—¿Te encuentras bien así?

—Sí, gracias... ¿Por qué seré tan tonta? Toda la vida me he asustado así de los relámpagos.

—Lo mejor será que pasemos aquí la noche... No para de llover y sería peligroso ponernos en camino... Podremos salir mañana temprano... Estamos todavía lejos de mi casa.

—¿Quién hay en tu casa, Fernando?

—Toda mi gente. Mi abuelita, Juanito, mi hermano, Lupe...

—¿Lupe? ¡Qué nombre tan bonito! ¿Quién es?

—Mi prima. Nuestros padres tenían decidido que ella fuera mi

mujer algún día, cuando fuera mayor.

La mirada de ella parpadeó con cierta nerviosidad.

—Y... ¿eres ya mayor?

—No sé—y su risa sonó clara.

—No me he preocupado nunca de ese asunto ni lo he tomado en serio.

Y cambiando de conversación agregó señalando la ventana por la que divisaba el pujante panorama montañoso:

—¿Te gusta mi tierra?

—Me encanta... ¡Es tan raro, tan distinto! El paisaje es tan espléndido... ¡Lástima de tiempo! Para mí es como vivir en otro mundo... ¿Por qué no nos quedamos aquí?

—¿Es que no quieres ver mi casa?

Estaban muy juntos, se miraban a los ojos, sus labios sonreían. El fuego seguía chisporroteando en el hogar, un fuego intenso que ponía sombras en las paredes...

Diana contempló en silencio, largamente, a su amigo y luego respondió:

—Me importa poco ver lo que sea, estar donde sea... No quiero más que estar contigo... y verte.

—¡Diana!

Sentía Fernando deseos de estrechar de nuevo contra su corazón a

aquella mujercita, pero sonriente, comprendiendo la necesidad de evitar demasiadas efusiones en aquella noche, se apartó de ella con discreción.

—Me parece que lo mejor será que nos demos las buenas noches.

—¿Por qué te vas, Fernando?

—Porque te quiero demasiado, Diana, porque tengo miedo de mí mismo. ¡Adiós, vida!

—¡Buenas noches, Fernando!

Salió el joven lentamente con los ojos bajos y un extraño temblor en el corazón, pero en aquel momento un relámpago rasgó la oscuridad y se oyó un trueno formidable, como si la tierra estallara en pedazos...

Con los nervios en tensión, aterrorizada, Diana corrió de nuevo hacia su amigo y se abrazó a él.

—¡Fernando... Fernando... tengo miedo!

El joven besó con un largo beso amoroso la boca encendida de ella.

—¡Vida!... ¡Diana de mi alma!

—¡Fernando, tengo miedo... tengo miedo!...

—Vamos, vamos... no seas tonta. No tienes por qué tener miedo de nada... en mis brazos.

Abrazados suavemente, fueron de nuevo a sentarse, junto al lar, bajo la suave protección del fuego.

La muchachita tenía frío, y él



...cuya figura era como la encarnación de la juventud...



—Es una coquete agradabilísima para mí...



—Padre de mi primera mujer, ¿me permite usted que se lo ofrezca?



—No, quiero oírle más... He sufrido bastante sus historias...



—Te serviré siempre... con toda mi alma...



—¡Fernand! ¡Fernand!



«...te traigo otra visita...



En silencio la acompañó a su cuarto...



— Y si yo me opusiera... ¿renunciarias a ella?



— ¿Quieres tú, Diane?



—¡Todo es maravilloso aquí esta noche!



Doña Cristina faz secando del foón del arcón,...



—Pero ¿le vas así, Diana?



—Es mejor que se haya ido.



... olvídate una cosa que es más fuerte que todo...



Pálida como las rosas de su ramo nupcial...

la arropaba con su manta. Fernando murmuraba tiernamente:

—¡Mi cielo! Te quiero desde que te vi... Te querré siempre... con toda mi alma... Te querré toda mi vida...

—Sí, Fernando. Yo también te quiero... también. No podría vivir sin ti... ya no podría. Sígueme hablando, tu palabra es música, melodía. ¿Por qué no cantas?

El la volvió a besar y cantó con una voz de inflexiones de maravilla:

*No he sido sabido lo que es amor
hasta el día en que llegaste
y mi vida cambió
encendiéndose ese nuevo ardor.
Dentro del pecho
mi alma dormía,
mas al fin despertó,
encontrando en tu ser
lo que tanto soñé.
Otros amores he olvidado,
Al conocerte
mi alma sintió
amor profundo,
innocente amor.
Como a nadie te quiero,
eres mi amor postrero
y mi primer amor.*

Y así, entre cantos y besos, pasaron la noche, cambiando eternos juramentos.

Al día siguiente emprendieron de nuevo la ruta hacia la hacienda de los abuelos de Fernando. Reparadas las ligeras averías del automóvil, éste se deslizaba con toda suavidad por el tortuoso camino que conducía a la finca.

El paisaje, dentro de su agreste aridez, tenía una belleza imponente, majestuosa. Fernando, alegre y feliz por llegar a su tierra y por ir en compañía de la que ya era su novia, le señaló las viejas monta-

ñas que se extendían en círculo, iluminadas por el sol.

—¡Mira!

—¡Es maravilloso! ¡Quisiera que este camino no tuviera fin!

—¿Por qué, si también al final nos espera la felicidad?

—¡Es cierto, Fernando!

En su embriaguez amorosa, Diana ya no se acordaba del compromiso que había contraído, de que una palabra solemne y los intereses ajenos la obligaban a pertenecer a

otro hombre. Influenciada por el ambiente, no quería pensar siquiera en la posibilidad de que algo la atrancara de su ensueño.

Vieron de pronto en la lejanía a un chiquillo que en lo alto del monte cuidaba de unos rebaños.

Fernando lanzó una exclamación de entusiasmo, y a tiempo que hacía sonar la bocina, gritó:

—¡Juanito! ¡Juanito!

—¡Fernando! — le respondió una voz de sonoridad infantil.

Y el chiquillo, saltando atropelladamente, echó a correr en dirección al coche.

—Es mi hermano — aclaró Fernando—. El pequeño Juanito.

—Entonces, ¿es que estamos ya llegando?

—No. Todavía falta mucho. Es que es costumbre entre nosotros el mandar a los muchachos a los diez años a lo alto de las montañas para cuidar los rebaños.

—¡Hombres de diez años!

—Hombres desde que nacen... ¡Juanito! ¡Ven acá, muchacho! ¡Juanito!

Llegaba ya el niño, conteniendo el aliento, encendido el color, la suave sonrisa en los labios.

—¡Fernando! ¡Fernando!

Se encaramó al estribo del automóvil y besó y abrazó a su herma-

no mayor. Luego contempló con sorpresa a la joven desconocida.

Dando muestras de verdadera alegría, y con cierta tranquilidad de hombrecito, le preguntó:

—¿Y qué hay, Fernando? ¿Sabe la abuela que estás aquí?

—No. No lo saben más que la señorita y tú... Vamos, ¿no le dices nada?

—Me da vergüenza...

—Mira, dile: Sea usted bienvenida, señorita.

El chiquillo, que vestía a la usanza montaraz, se quitó el amplio sombrero y repitió, sonriendo tímidamente:

—Sea usted bienvenida, señorita...

Diana le acarició.

—¿De modo que eres tú el hermano de Fernando? Ven. Déjame que te vea.

Saltó el niño ágilmente al interior del vehículo...

—¿Cuánto tiempo hace que estás por acá? — le preguntó Fernando.

—Hace dos meses, con el viejo Felipe.

—¿Tuviste miedo anoche, cuando la tormenta?

—Sí. Un poco... pero muy poco.

—¡Claro! También yo tuve miedo anoche. Todos tenemos miedo

alguna vez, ¿verdad, Juanito? — comentó Diana.

Y sonrió con cierta ironía evocando escenas agradables.

—Sí, pero no se lo vaya a decir usted a la abuela...

—Ven... Se lo dirás tú mismo... Ven con nosotros—le propuso Fernando.

El niño, hombrecito grande a quien el cumplimento del deber

hacía ya meditar, señaló las ovejas.

—Pero... ¿y el rebaño?

—Felipe cuidará de él... ¡Anda, ven! ¡Vamos!

—Pues como tú quieras, Fernando.

Y acomodándose en el coche, se puso a saborear la alegría de volver a casa de la abuelita a pasar unas horas que recordaran los tiempos felices.

* * *

Una mujer llevó la noticia a la hacienda. El señorito Fernando llegaba en automóvil. Y al conocer aquella nueva tan grata e inesperada, hombres y mujeres, que sentían verdadera devoción por el señorito, salieron al patio para ser los primeros en darle la bienvenida.

Doña Cristina, dueña de la finca y abuela de Fernando, era una anciana de aspecto señorial, que vestía de negro y tenía maneras solemnes y distinguidas. La aureola de sus cabellos blancos contrastaba con la negrura todavía juvenil de los ojos.

—Fernando ya viene, señora. Fernando ya viene — gritaban los moradores de la finca.

—¿Qué oportuno es mi nieto!

¡Venir hoy, el día de mi santo! — decía la viejecita con su voz tan dulce y agradable—. Julián, tú te cuidarás de recoger las maletas.

—Sí... sí... señora.

—Y tú, Francisco, irás a guardar el automóvil.

—En seguida, señora.

—Ha llegado a punto para la fiesta.

Lupe, una bella muchacha morena y ondulante, de negrísimo pelo, que era sobrina de doña Cristina, preguntó a ésta, mientras pasaba por sus ojos una llama de júbilo:

—¿Tendré tiempo de arreglarme, tía?

—Ve corriendo. Y no te emocio-

nes demasiado cuando le veas, ¿eh?...

—Voy volando.

Pocos momentos después todo era confusión, animación viva y palpitante en la finca. El automóvil llegaba a toda marcha al patio de la hacienda. Mujeres y hombres rodearon rápidamente el vehículo, saludando con grandes voces a los recién llegados. Fernando agitaba los brazos y estrechaba todas las manos que, afanosas, se tendían hacia él. A su lado iba Juanito ufano y feliz. Diana sonreía alborozada, admirando aquella vieja casa de estilo español, levantada en las montañas de California.

—¡Fernando! ¡Fernando!—suspiró la abuelita.

Descendió el nieto ágilmente antes de que el coche estuviera parado del todo y corrió a refugiarse en el círculo amoroso de unos brazos flacuchos.

—¡Abuelita! ¡Abuelita querida!

—¡Mi Fernando! Cuando te vuelvo a ver parece que me quite años de encima.

El otro nieto acarició también a doña Cristina.

—Abuelita, y a mí, ¿no me dices nada?

La vieja le besó, pero pareció sorprenderle su presencia.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás con el ganado?

—No le riñas, Me lo he traído yo conmigo, abuelita — dijo el hermano mayor—. Y te traigo otra visita. La señorita Diana Carter.

La hermosa joven había bajado del coche y saludó afectuosamente a la dueña de la casa. Todo le agradaba de aquel ambiente: la hacienda, la cordialidad con que parecían recibirla.

Doña Cristina estremó su amabilidad para con la forastera.

—Esta es su casa, señorita.

—Muchas gracias.

—Volver a ver a Fernando es inundar de alegría mi corazón... Dar la bienvenida a la persona que trae consigo, aumenta mi felicidad.

—¡Cómo le agradezco sus palabras!

Fernando era feliz viendo el trato cordial y cariñoso con que acogían a su novia. Alegremente, indicó a Diana:

—Diana... Estos son mis otros parientes... Francisco...

—Tanto placer, señorita — respondió el aludido.

Ella, con su sencillez de espíritu, estrechaba todas las manos, y las buenas gentes de la montaña quedaban conmovidas de que una gran señora las tratara con llaneza e

igualdad, con una fraternidad sencillamente admirable.

Siguió Fernando haciendo las presentaciones.

—Esta es María...

—Tanto gusto, señora.

—Felipe... Dolores... Matilde... Margarita... Julián...

—A sus órdenes, señora. Mucho placer.

Iban acercándose y con timidez apretaban su diestra y luego se volvían a apartar, un poco azorados.

¿Quién sería aquella hermosa señora, tan fina, tan amable? Y unos a otros parecían decirse la misma respuesta. ¿Por qué no la novia de Fernando?

Lupe habíase cambiado de vestido y llevaba ahora un traje de bastante buen gusto, dentro de su sencillez aldeana. Pero al llegar al patio, una dolorosa impresión agitó su corazoncito de muñeca. No esperaba encontrar a Fernando con ninguna mujer, Fernando, que llevaba tanto tiempo sin aparecer por allí... En su imaginación, ella se había forjado la idea de que Fernando sería su novio... ¡Con qué ilusión virginal de novia que ama, pero aun no se siente amada, había aguardado este momento en que él llegase!... Y ahora, viendo las atenciones que el mozo prodigaba a la

forastera, los celos, como aves fatídicas, mordían en su corazón.

Mientras las gentes de la finca se adelantaban a saludar a Diana, Lupe se ocultó varias veces detrás del grupo, ofendida y temerosa de presentarse. Pero al fin no tuvo otro remedio que colocarse en la hilera y saludar tímidamente a su primo.

—¡Hola, Fernando!

—Pero, chiquilla, ¡qué guapa estás! ¡Cómo has crecido! Al pronto no te conocía, Lupe.

—¿Tanto cambié?

—¡Figúrate! El tiempo pasa... Te dejé niña y estás hecha una mujer...

Doña Cristina acarició afectuosamente a Lupe.

—Lupe, ésta es la señorita Diana Carter, que acompaña a Fernando y es huésped de nuestra casa.

—Mucho gusto.

Diana le estrechó la mano con amplio y generoso ademán; Lupe con una frialdad incontenible.

—El gusto es mío...

Y Lupe la contempló largamente, diciéndose con rabia que era bonita y seductora.

—Estará usted cansada del viaje, señorita Diana — dijo doña Cristina—. Acompáñala a tu habitación, Lupe.

La sobrinita parpadeó con sorpresa.

—¿A mi habitación?

—Sí. ¿A qué otra parte? Está la casa llena de gente para la fiesta de mi santo. Tienes que compartir tu cuarto con ella por unos días.

—Le cedere yo el mío y me iré a dormir con los demás—dijo Fernando.

—Es que el tuyo tendrás que compartirlo con José, Ramón y Pedro, que ya duermen allí... Tenemos mucha gente, Fernando— aclaró la dueña.

—Siento que se molesten ustedes por mí...—indicó Diana.

—No diga eso, por favor. Siempre hay un sitio para alojarla... ¡Pues no faltaba más! Lupe, haz lo que te digo... Acompaña a la señorita Carter.

—Está bien. Por aquí, señorita.

Y mordiéndose de ira los labios, Lupe, un poco humillada, recogió las maletas de la joven.

Se alejaron las dos mujeres, y Fernando las siguió con la mirada. ¡Qué hermosas eran las dos! Para Diana sentía el ansia del verdadero amor; para la otra una estimación fraternal, sin poder sospechar siquiera la tempestad que se fraguaba en el corazón de la joven-cita.

¡Qué feliz se sentía el mozo! Ha-

bia conseguido al fin ver a la joven en la hacienda. Luego miró a doña Cristina, que le sonreía como si le adivinase sus pensamientos, y le dijo:

—Has cambiado muy poco en este tiempo, abuela.

Tuvo la anciana una sonrisa de íntimo dolor, y contestó:

—Pero he cambiado, ¿no?

—¡Ah, sí! Estás más joven y más guapa.

—Calla. No digas tonterías... Cuéntame lo que ha sido de ti desde la última vez que nos vimos.

—¡Oh! Tengo tantas cosas que contarte, que no sé ni por dónde empezar.

—¿De veras?

—Vas a ver...

Y ofreciendo el brazo a la abuelita, se encaminaron los dos hacia el interior con una lentitud suave, procurando el joven adaptarse al paso dificultoso de la anciana.

Mientras tanto, Lupe y Diana iban a entrar en la casa. Juanito corrió con un pequeño ramo de flores a ofrecérselo a la invitada como un tierno y sencillo homenaje.

Ella le acarició con delicadeza.

—Gracias, Juanito.

—No hay de qué —repuso, sonriente, el muchacho—. ¿Quiere usted ver las crías de los cochinitos? No tienen más que una semana.

—Sí. ¿Dónde están?

—Se va usted a enlazar los pies. Está todo encharcado — dijo Lupe.

Juanito, ingenuamente, propuso:

—Fernando la puede llevar en brazos.

Los ojos de Lupe parecieron llenarse de una luz amarilla. Un poco impaciente, volvió a mirar al niño pastor, y dijo:

—Tu abuelita ha dicho que la señorita tiene que descansar ahora.

—No estoy cansada.

Juanito, obediente, y para quien las órdenes de la abuelita eran ley, rectificó a tiempo:

—Señorita, si mi abuelita quiere que descanse usted, será mejor que lo dejemos para mañana.

—Bueno... Como quieras, Juanito.

Lupe, procurando disimular un deseo que era vehemente y agudo en su corazón, preguntó a la forastera:

—¿Se va usted a quedar mucho tiempo aquí?

—Hasta mañana nada más. Tengo que marcharme a la costa.

—¿En el automóvil?

—Sí, desde luego.

—Entonces... ¿Fernando tendrá que acompañarla?

—Sí...

Ya no volvió a preguntar nada más. Los celos seguían invadiendo su corazón como un ariete demolidor. No osaba aún preguntarse si Fernando y aquella mujer eran novios, pero temía no equivocarse en sus sospechas. Y una corriente de desilusión fuerte y glacial invadía su alma, aniquilando en un instante sus más floridos y amables pensamientos.

En silencio la acompañó a su cuarto, mientras Diana, sin poder sospechar el estado de ánimo de aquella muchachita, se sentía inmensamente feliz en aquel ambiente de cordialidad.

* * *

Fernando y su abuela hablaban en uno de los patios. La anciana, sentada en un sillón, oía con benévola paciencia las palabras ardien-

tes, llenas del fuego del amor, que su nieto prodigaba hablándole de Diana. Pero como se extendiese demasiado en describir la belleza y

las cualidades morales que adornaban a la joven, la abuela interrumpió bondadosamente:

—Primero cuéntame de tí... Ya me hablarás de ella después.

—Es que me pasaría la vida hablando de ella...

Sonrió doña Cristina... ¡Vaya con Fernando! No parecía haber sabido elegir mal en sus rutas por el mundo... Tras una vida frívola y dedicada a las conquistas triviales, encontraba al fin a la mujer deseada...

La abuela pensó un momento en la pobre Lupe, que había soñado platónicamente en que Fernando la quisiera... ¡Pobre muchachita! Sufriría las penitas inevitables del amor, las contrariedades de todo corazón joven y un poco desilusionado, pero no sería eterno su disgusto... La juventud olvida fácilmente; nuevos amores renuevan el pasado y hacen florecer una nueva alegría.

Miró la viejecita a su nieto, y le preguntó:

—¿Quieres mucho a Diana,

mucho? ¿No será una pasioncilla de esas que tenéis todos los hombres jóvenes para amenizar, sin preocupaciones, vuestra vida?

—Nada de eso, abuela... La adoro con locura.

—Ten en cuenta que no es de nuestra clase, ni de nuestra raza...

—Mi madre tampoco lo era, y, sin embargo, la quisiste...

—Y si yo me opusiera... ¿renunciarías a ella?

Sin gran firmeza, le respondió:

—Si tú te opusieras, por supuesto...

Se echaron a reír, y doña Cristina le amenazó con su gran abanico.

—¡Bandido! Lo dices de labios afuera... no de corazón... Haces mal en engañarme.

—Es que tú haces mal en preguntarme eso, para que yo tenga que engañarte.

Y entre alegres risas, siguió Fernando ponderando las excelencias de su amada, la mujer que sería indudablemente su último, su definitivo amor...

* * *

Por la noche se celebró la fiesta, típica y tradicional en toda la comarca. El patio estaba iluminado a la veneciana con farolillos de colores... Guirnaldas y rosas de variado color ponían una nota de jardín artificial en el aciplico patio.

Vestidas con sus mejores galas, las mozas de la hacienda y de los contornos bailaban y cantaban con los galanes presumidos que estrenaban aquella noche su camisa de seda y su corbata de ancho y pinoresco lazo.

Doña Cristina, sentada en un viejo sillón patriarcal, presidía la fiesta...

Lupe, poco atenta a las incidencias de la danza, contemplaba de reojo a su primo y a la forastera, enfrascados en una dulce conversación en que las palabras tenían como el temblor luminoso de las estrellas...

Mujeres y hombres, al son de delicados instrumentos del país, bailaban y cantaban una canción típica de aire netamente americano.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no quiere caminar,
porque le falta,
porque le falta
matinero que jumat...*

Después del baile y de la canción repetida varias veces con un ritmo más alegre cada vez, más lleno de vida, uno de los hombres de la hacienda, un viejo que años antes había oído cantar a Fernando, gritó con una voz que más que una súplica era como una orden:

—Un momento... Ahora que cante Fernando.

—¡Sí!... ¡Que cante!... ¡Que cante!...

Fernando sonreía ante aquel homenaje popular. ¡Cómo le quería aquella buena gente! Pero antes de cantar, preguntó a Diana, dispuesto a acatar lo que ella dijese, esclavo de su voluntad:

—¿Quieres tú, Diana?

—Con mucho gusto, Fernando.

—Pues voy a hacerlo.

Se puso en el centro del ancho círculo que formaban los invitados,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

y, sonriente, empezó a entonar una canción amable y picaresca...

*Don Lacroela, que es un joven soberbio,
que ha llegado a los sesenta,
de cuando en día tomó la decisión...*

—¡Viejo verde! — interrumpió una voz entre risas.

Fernando impuso silencio y prosiguió:

*F en busca de una novia se secha...
Pronto en una joven rubia
encontró la perseguido;
él es rico y ella es pobre
y lo aceptó por marido.*

Sin darse cuenta parecía ir a describir el caso de Diana, y ésta le contemplaba con ávida atención.

Fernando continuó, mientras miraba ingenuamente a su amiga:

*Pasó un año de luna de miel.
La rubia, decepcionada...
intenciones no tenía de ser infiel...
y de otro está enamorado.
Poco a poco más contenta
a la rubia se la vió...
¿Cuál será la causa de ello?
¡Díganla ustedes; yo, no!*

Rieron todos los mozos... Fernando sonreía a Diana que procuraba mostrarse risueña, pero en el fondo del alma sentía súbito amargor. Aquella canción le evocaba un caso particular, y tal vez el futuro destino de su vida... A pesar de su sonrisa delicada, en su frente había aparecido una huella de preocupación.

Fernando prosiguió:

*Yo por eso he decidido
que si acaso he de casarme,
la que quiera este marido
al punto ha de aceptarme,
y ya tengo yo escogida
la que ha de querer...*

Le acompañaron todos con sus palmadas, repitiendo:

Ya tiene la que ha de querer.

Y adivinando a quién se dirigía Fernando, sonreían a Diana, cuyo rostro pálido tenía un tono de marfil a la luz clara de la luna...

Lupe, nerviosa y triste junto a doña Cristina, acariciaba inquieta sus manos, sufriendo la tortura de los celos.

Siguió la canción cada vez más alegre:

*Yo tengo mi caballo blanco,
mi silla y mi botina anquera
para brincar un barranco
llevando en aras mi nena.
Ay, nena de mi vida...
Díse si me has de querer.
Ay, mi nena consentido,
di que serás mi mujer.*

Y acompañando el ritmo alegre y triunfal con que Fernando se dirigía a Diana, todos cantaron a la vez, formando un coro afinado de voces perfectamente armónicas.

*¡Viva la gente de honor!
¡Viva el peón y el sugero,
el mozo y el labrador!
¡Ay, ranchera de mi vida,*

*por sin ti qué iba yo a ser!
 ¡Ay, mi ranchera querida,
 la más amante mujer!
 ¡Fija la gente del campo!
 Gente de gran corazón,
 que los muchachos rancheros
 son brazos de la nación,
 ¡Ay, ranchero de mi vida!
 Por ti qué no hablan de hacer,
 porque se quisie y se quiera
 y siempre te he de querer.*

Los aplausos resonaron fervorosos... Fernando se acercó a Diana esperando de los labios de ella una dulce felicitación. Y la joven, procurando serenar un poco su ánimo deprimido, le dijo a tiempo que él le besaba dulcemente la mano:

—¡Qué bien, Fernando! ¡Todo es maravilloso aquí esta noche!

—Todo... y nuestro amor es lo más maravilloso del mundo.

Estas palabras las pronunció en voz alta, de manera que fueron oídas por todos, y, aunque ya adivinaban aquella verdad, se alegraron de verla confirmada de una manera definitiva.

Doña Cristina consideró que tenía el deber de comunicar de modo oficial aquel gran acontecimiento, y se levantó, extendiendo sus manos con ademán solemne.

Lupe, empequeñecida, triste, sufriendo un dolor moral más intenso que todos los demás dolores materiales, miraba con una fijeza de sonámbula a la enamorada. Iban a ser

el uno para el otro... y ella... ella... abandonada... inútil...

—¡Amigos míos! — dijo doña Cristina cuando hubo logrado el silencio—. Esta noche es una noche de fiesta para todos. Después de tres cosechas, nuestro querido Fernando vuelve a la casa de sus mayores trayendo consigo, no un huésped, sino su futura esposa.

—¡Viva la novia de Fernando! — exclamó una voz.

—¡Viva la niña linda!

—¡Bien por la novia guapa!

Y toda aquella buena gente aplaudía y vitoreaba a los novios, mientras Lupe, levantándose con dificultad, como si el peso del corazón impidiera la agilidad de sus miembros, se alejó de aquel lugar de alegría que chocaba tan bruscamente con su alma rota y atormentada, y permaneció en un rincón contemplando desde allí cómo todos felicitaban a los novios.

Ahora sí que no había ninguna esperanza... Fernando se casaría en breve y ella habría de ahogar para siempre en su alma aquel amor que el ídolo nunca descubriría...

Diana, sorprendida entretanto por la espontánea declaración de doña Cristina, intentó protestar, ha-

cer ver cómo aquel cotopromiso oficial no era posible.

—Pero, Fernando... tengo que decirte... Yo...

El le impidió hablar.

—Esta es la noche más feliz de mi vida, mi Diana... Nos espera una existencia maravillosa... Vas a ver...

—¡Fernando!

Pero, ¿cómo protestar en aquel instante? ¿Cómo decir ante todo el mundo que ella estaba comprometida con otro hombre con el que circunstancias especiales, definitivas, le obligaban a casarse?

Entonces comprendió la imprudencia de haber emprendido aquel viaje, llevada nada más que por el sentimiento que le inspiraba Fernando, que, naturalmente, sería siempre su dueño... Si dependiese de ella sola, de algo que no fuera el porvenir y los intereses de tía Susana, no vacilaría en romper inmediatamente aquel otro lazo...

Pero si se casaba con Fernando no podría remediar la dolorosa situación de tía Susana. Y Diana no podía dejar a esa mujer, que le había hecho las veces de madre, en la más completa miseria. Su deber era sacrificarse por ella, aunque todo lo espiritual de su ser se rebelara contra la opresión...

Más tarde se lo diría a Fernando, a la anciana... Era preciso que la perdonasen el engaño.

Lupe, no pudiendo soportar el triunfo de su rival, entró en la casa, para llorar a solas su desencanto...

Entretanto las gentes de la hacienda rodeaban a los novios, felicitándoles con verdadera sinceridad.

Los lejanos parientes de Fernando entregaban los más variados regalos a la jovencita, los cuales habían ido a buscar en sus cofres y que acaso reservasen para sí y sus familiares.

Una mujer puso en sus manos una pieza de tela, diciendo:

—Que sirva esto para expresar nuestro cariño y nuestra alegría a la futura mujer de Fernando.

Diana, pálida y temblorosa, contestó:

—Se lo agradezco profundamente... Es usted muy amable.

Una jovencita le entregó un collar de bonitas cuentas de cristal.

—Era de mi madre.

—Muchas gracias.

Se adelantó otra muchacha y le dió una sortija.

—Que sea usted bien venida a nuestra familia.

—¡Muchas gracias! ¡Es magnífico!

Un hombre de aspecto rudo, con sus manos velludas y fuertes, le regaló una cartera de piel toscamente curtida.

—Siento no poder ofrecer nada mejor, señorita... La voluntad es mucha...

—Se lo agradezco en el alma.

Y así, uno después de otro, en una procesión original de ofrendas

impregnadas con el perfume de la buena voluntad, le fueron regalando lo mejorcito que tenían.

Doña Cristina, que también era felicitada por todos, pudo coger al fin del brazo a su futura nieta y le dijo:

—¡Ven, querida mía! Yo también tengo algo para ti.

Y cogidas del brazo — perfume de conservada vejez y esencia de graciosa juventud—, desaparecieron hacia el interior de la casa.



Llegaron al cuarto de Lupe, sumido casi en la obscuridad, únicamente rasgada por la luz de la luna que entraba por la ventana.

Al principio no vieron a nadie en el cuarto, pero luego distinguieron a Lupe tendida en la cama, como si durmiese.

Al verlas, la joven enjugó rápidamente sus lágrimas y se incorporó con cierta dificultad.

—Pero ¿qué haces aquí? — le dijo su tía, extrañada—. Pronto, enciende esas luces.

Se levantó y aun pareció indecisa, como si se hallara en pleno sueño.

—¿Te has olvidado de que tenemos una invitada en casa? A ver, enciende.

Lupe, ensimismada, con unos grandes ojos extáticos, de fantasma, encendió un velón y las guió a la habitación vecina.

—Dame mis llaves. Alumbra ahí. Abre ese baúl.

Obedeció maquinalmente como si no se diese cuenta de la realidad. En su corazón sólo vibraba el recuerdo de su pobre amor fracasado.

Doña Cristina fué sacando del fondo del arcón un hermoso man-

tón de Manila y un precioso vestido de novia.

Lupe, melancólica, se volvió a su cuarto, sumida en hondos pensamientos.

—¿Te gustan estas cosas? — preguntó la abuela con ternura.

Disimulando su inquietud y el tormento que agitaba su corazón, respondió Diana:

—¡Qué bonitas!

—Son para tí. Para la nueva esposa que llega a nuestras montañas...

Y había tanta ilusión y tanta sinceridad en el proceder de la anciana, que Diana, como si sintiera un alivio al intentar la confesión, habló, desesperada:

—¡No! ¡No! ¡No puede ser!... Tengo que decirle... tiene usted que saber... No puedo aceptar nada, porque... no sé cómo decirse-lo... No tengo derecho a nada.

—No digas eso, hija mía. Como futura esposa de Fernando, tienes derecho a todo. Como ves, este vestido tampoco es del país. Lo trajo la madre de Fernando, que tampoco era de nuestras montañas. A tí te toca ahora conservarlo... Mira, mira esto, para tu primer hijo...

Y puso en sus manos un vestidito de bautizar, lleno de blondas y encajes.

Diana se esforzaba por no llorar.

—Pero es que... no es posible... No puedo...

—No soy yo, ni es Fernando quien te lo ofrece. Te corresponde porque es de la esposa de mi hijo, de la madre de Fernando... ¿No te ha hablado él nunca de ella?

—Sí...

—Ella era como tú. Mucho temi que no fuera feliz entre nosotros... Los nuestros parecen, quizás, un poco fríos, un poco ásperos. Pero ahora no temo por tu felicidad.

—Pero es que yo no merezco a Fernando. No soy digna de él. ¡Es tan bueno!

—No digas eso, hija mía. Los nuestros no entregan su corazón a los que no son dignos de ellos... Ya has visto con qué alegría te ha recibido toda la gente... Te agradecen que vengas con ellos a compartir la felicidad de su vida humilde.

Diana no podía más. La emoción de aquellos momentos rompía las fuerzas de su voluntad, hasta entonces incólume. ¿Qué iba a decir aquella pobre anciana cuando supiese la verdad? ¿Qué iba a pensar Fernando de ella?

En aquel momento entró Fernando, con su eterna sonrisa de buen mozo. Sus dientes, limpios e iguales, brillaban fuertes y enérgicos.

Se sentía feliz. La noche con su belleza parecía rendir homenaje a los enamorados.

Al verla, Diana procuró disimular su inquietud, pero Fernando se fijó en que en el rostro de su enamorada había huellas de lágrimas.

—Pero ¿qué es eso, Diana? ¿Estás llorando? Esta noche debiera ser la más feliz de nuestra vida.

Diana esbozó una sonrisa triste y angustiosa de timidez. Doña Cristina miró a su nieto con dulzura.

—No te preocupes, Fernando. Las mujeres somos así. Lloramos cuando somos más felices... Déjala ahora. Está nerviosa. Necesita descansar.

—Es que apenas he tenido ocasión de hablar con ella desde que llegamos...

—Ha sido un día de emociones para ella. Ha hecho un viaje largo... Dale las buenas noches y déjala que descanse.

Salió la anciana de la habitación y Fernando preguntó a su novia:

—¿Pobre Diana! ¿Estás cansada de verdad, mi bien?

—Un poco.

—Todos están locos contigo... Me dicen que he encontrado la mujer más excelente del mundo.

Y su risa sonó en el silencio del cuarto, estremeciendo a Diana...

Esta, en su intenso sufrir, aun insistió de nuevo:

—Fernando, yo tengo algo muy importante que decirte...

—Me lo dirás mañana. Si no te dejo dormir ahora, la abuela es capaz de castigarme dejándome sin postre.

—Pero es que...

—¡Buenas noches, mi vida! ¡Hasta mañana!

Y después de acompañarla hasta la puerta del cuarto contiguo, se alejó, dejando a Diana con el anhelo de confesar, de decirlo todo, de ofrecerse como víctima.

Lupe estaba allí, meditabunda y pálida.

Ambas mujeres comenzaron a desnudarse en silencio. Ocupaban el mismo lecho. Lupe, dolorida y celosa, miraba rencorosamente a su rival.

Y Diana, sin poder adivinar lo que pasaba en el corazón de la jovencita, la habló de pronto:

—Has sido muy amable compartiendo tu cuarto conmigo.

Con voz en que vibraba la cólera, respondió:

—Pronto seré yo quien tenga que ser la agradecida en esta casa...

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me hablas así? Dime...

Y sus palabras estaban heridas por la sorpresa.

—Es usted invitada de Fernando.

—Y si no lo fuera, ¿me lo dirías?

—¿Qué le iba a importar a usted lo que yo pensara?

Y volvió a sumirse en actitud pensativa... Diana no comprendió los motivos de aquel rencor, y extendiendo sus ojos por la ventana, donde se abría la inmensa soledad de los campos, comentó respirando ávidamente:

—¡Qué callado está todo! ¡Qué silencio tan hondo el de estas montañas! ¿No sientes nunca esta soledad? De noche es imponente.

—Sí.

—El invierno aquí debe ser desolador... ¿Qué hacéis de vuestra vida?

—¿De nuestra vida?

—Sí... ¿qué hacéis para divertirnos?

—Labrar, tejer, dar de comer al ganado, a los hombres... tener hijos...

—Queda, entonces, muy poco tiempo para el amor...

—Eso es el amor—comentó Lupe—. Lo que le he dicho.

—¿Y sufrirías todos esos trabajos por el amor de un hombre?

—No sé que se pueda amar de otra manera...

—Un amor más grande, más intenso, capaz de llenar toda una vida... ¿No te das cuenta de lo que quiero decirte?

Comprendiendo que Diana aludía al amor de Fernando, el alma de Lupe se encabritó de nuevo.

—No, no me doy cuenta sino de que tengo que levantarme mañana al amanecer... y hay que dormir...

Y se volvió de espaldas a ella; cubriéndose el rostro.

Diana, incapaz de hacer daño a nadie, la acarició...

—Lupe, ¿por qué no me quieres?

—¡No me toques!

—¡Perdóname!

Y retiró el brazo, sorprendida.

A través del embozo, Lupe, como arrepentida de su momento de brusquedad, exclamó:

—Perdónceme usted... Me había olvidado de que es huésped de la casa... ¡Buenas noches!

Y ya no se movió ni dijo una sola palabra más en toda la noche, entregada a sus pensamientos... Y también Diana, en silencio, velaba...

* * *

A la siguiente mañana, se presentó en automóvil ante la hacienda de doña Cristina, el atildado lord Harry Carter.

Llamó con violencia a la campanilla de la puerta. Su nerviosidad era extremada. Se quitaba y volvía a poner el monóculo con una rapidez febril...

La ausencia de Diana y la noticia de que ella se había marchado con el bohemio a pasar un día en una finca de la montaña, le habían sacado de quicio. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Es que Diana se estaba burlando de él hasta el extremo de que días antes de la ceremonia—la boda se había señalado para fecha inmediata—se fugaba con un jovencuelo romántico e insolente?

Pues él no consentía esas bromas... Había dado su dinero para obtener la mano de Diana, no para ser objeto de ludibrio. Venía a poner término a aquel desagradable asunto, en un sentido u otro... ¡Pues no faltaba más!

Pocos momentos después, Fer-

nando abrió la puerta y reconocía en aquel caballero a uno de los huéspedes del Gran Hotel de la playa.

—¡Bienvenido, señor! ¿Qué desea usted?—le dijo con amabilidad.

Enfurecido y mirando a Fernando con aire de provocación, le replicó:

—Vengo en busca de la señorita Diana Carter... ¿En dónde está? ¿Me lo quiere usted decir?

—Aun no ha bajado a desayunarse — le replicó un poco extrañado de su tono.

Apareció doña Cristina en aquel momento:

—¡Oh, perdón! Le presento a mi abuelita.

—¡Mucho gusto!

—¿No quiere usted pasar? — preguntó amablemente la anciana.

—No, gracias... ¿Me hace usted el favor, joven, de mandarla bajar inmediatamente?

Fernando tuvo que dominarse para no contestar con dureza al desenfado del aristócrata.

—En esta casa no acostumbramos

mandar a nuestros huéspedes... Puedo, si usted quiere, rogar a la señorita Carter... Me gustaría saber, sin embargo, cuál es el motivo de esta visita.

—Si ella no le ha dicho a usted el derecho que tengo a venir a buscarla, le ha engañado a usted miserablemente, haciéndose pasar por lo que no es...

—Tenga usted cuidado con lo que dice de la señorita Carter. Debe estar usted equivocado...

—¿Equivocado? No creo... Conozco demasiado a la señorita Carter... Desde hace varios meses que las estoy manteniendo a ella y su tía.

Fernando saltó indignado dispuesto a agredir al que consideraba un calumniador.

—¡Eso no es cierto!

—¿Cómo que no? Por lo visto usted no sabe que la señorita Carter y yo nos hemos dado... palabra de casamiento.

Fernando vaciló, aterrado. Doña Cristina les miró asombrada.

—¿Qué?...

Lord Harry, más insolente cada vez, siguió diciendo:

—Sin duda se le ha olvidado a Diana darle a usted cuenta de este pequeño detalle.

—No creo lo que me está usted

diciendo. ¿Me oye usted? ¡No puedo creerlo!

Tanta fe tenía en la mujer que amaba, que había de contenerse para no echar de allí a puntapiés a aquel vil.

Pero en aquel instante apareció Diana. Iba en traje de viaje con un maletín. Contempló un momento, fijamente, a lord Harry, y después a Fernando, a quien dijo con indecible amargor:

—Créelo, Fernando. Es verdad todo lo que has oído.

Lord Harry recobró su buen humor al ver a Diana, dispuesto a perdonárselo todo inmediatamente.

—¡Mi querida Diana!

Intentó abrazarla, pero ella le apartó con brusquedad.

—Un momento...

Fernando estaba como loco. Las palabras que había oído de Diana le causaban un gran dolor. ¿Era posible aquello? ¿Su sueño de amor se había desvanecido al impulso de la realidad brutal? ¿Y él había cifrado en aquella mujercita sus más ardientes esperanzas?

Doña Cristina contemplaba con manifiesto pesar a la joven. ¿Y así pagaba ella, con aquella burla cruel, la hospitalidad y las atenciones recibidas?

Fernando murmuró con voz entrecortada:

—Pero, Diana, tú...

Serenamente, hecho trizas su corazón, pero disimulando como la más consumada actriz, respondió:

—Anoche quise decírtelo todo.

—Pero, anoche, ¿no me dijiste que era esto lo que habías soñado toda tu vida?

—Sí. Era una emoción que no había conocido nunca. Por eso quería conocerla... Una emoción más, pero nada en serio... Tienes que comprender que era un absurdo... Nuestro nacimiento, nuestra educación, todo es tan diferente... Somos cada uno de un mundo distinto. Por eso no podía ser más que... una aventura... Y eso ha sido... No hay que pensar más en ello... Vamos, lord Harry.

Había hablado con naturalidad suma, como si nada le importase el sufrimiento de Fernando. Quería apurar hasta los bordes la copa del sacrificio. Su vida se debía a los demás, a su familia, que necesitaba de ella. Era preciso que Fernando se alejase definitivamente de su lado y no volviese a pensar nunca ni en que existiese... Ella quedaría libre para ser la esposa de lord Harry.

¡Ah! ¡Cuán dolorosos serían los días futuros!... El tormento de vivir con un hombre viejo y al que no podía amar, y el tormento interior

de la pasión fallida y desesperada... Una pasión que nunca podría comunicar a nadie, pues Diana estaba ya condenada a ser la compañera fiel del aristócrata. Le horrorizaba la idea que un día le había sugerido doña Susana: el burdo adulterio con todas sus perfidias y tristezas.

¡Pobre Fernando! Era su primero y último amor y sólo ella sabía lo que le costaba renunciar a él...

Procurando apartar de sí las dolorosas ideas, desviando la mirada del joven y haciendo el corazón fuerte, dió el brazo a lord Harry que se mostraba ufano con la simpleza de la estupidez.

—¿Pero, te vas así, Diana? ¿Es posible?

—Es preciso, Fernando.

Risueño y burlón, el viejo le golpeó el hombro.

—¡Paciencia, muchacho! Con las mujeres nada tiene demasiada importancia. Esta es mi táctica... Mejor suerte otra vez...

Se alejaron los dos, mientras Fernando, esforzándose por no llorar, quedaba junto a la puerta.

Ya Diana y lord Harry se hallaban en el automóvil, dispuestos a partir, cuando Juanito, el hermanito de Fernando, corrió hacia ellos, sofocado e inquieto de ver marchar a la linda novia.

Diana no había podido contener por más tiempo su emoción y derramaba un suave llanto... Se alejaba de lo más amado, de lo que en el artificio de su vida había sido la única verdad, acorde con su corazón.

Juanito se subió al estribo del coche, sin reparar en la mirada severa de lord Harry.

—Señorita, señorita... ¿Adónde va usted?

—Me marcho... Tengo que irme...

—¿Por qué? No lo comprendo... Está usted llorando. ¿Qué le pasa? Señorita...

Ella le acarició con sus manos pálidas y bien cuidadas.

—¡Adiós, Juanito!

—Pero ¿sabe Fernando que se va usted?

—Sí. Lo sabe todo. Adiós.

Lord Harry se calzó los guantes y puso en marcha el motor.

Bajó el niño, llorando también. El coche, suave y silencioso, se deslizó rápidamente por la carretera.

Diana cubrióse el rostro con las manos.

No quería que aquel hombre que iba con ella viese su llanto.

Pero lord Harry, incapaz de discernir demasiado en el pensamiento ajeno, atribuyendo el viaje de Diana a una simple curiosidad femenil, comentó con la más estúpida de las sonrisas:

—Bueno, hijita, tú no sabes lo que me ha costado dar contigo. Esto está en el último rincón del mundo. Podías haber elegido un lugar más cercano.

Lupe había vuelto a recobrar su alegría. Se acababa de enterar de la marcha de Diana y volvía a sentir en su alma la dulzura de la ilusión.

Se hallaba en la galería en compañía de doña Cristina y Fernando. Los tres habían visto desde allí

como se alejaba el automóvil de lord Harry.

Lupe sonreía, inesperada vencedora que ve partir a su enemiga mayor... Doña Cristina sentía como propia la ofensa inferida a la dignidad de su nieto; Fernando se hallaba descentrado bajo la influen-

cia del tóxico de aquella marcha precipitada y extraña.

—Es mejor que se haya ido— comentó la abuela.

—¿Por qué?

—Te ha mentido y te ha engañado. Hemos sabido a tiempo lo que era...—dijo Lupe.

Fernando suspiró. Consideraba todo aquello tan raro, tan extraordinario; chocaba tanto la actitud última de Diana con la sinceridad de amor demostrada tantas veces, adivinaba móviles tan superiores a la voluntad de aquella mujer, que no podía concebir que ella, sinceramente, le hubiera engañado.

—¿Por qué? ¿Quién sabe el motivo de esa huida extraña?

—No la defiendas—comentó doña Cristina—. Te ha humillado, se ha burlado de ti, delante de los tuyos... ¿La puedes defender de eso?

—Sí. La defiendo. Yo comprendo lo que pasa. Diana es una víctima de su familia, pero Diana me quiere a mí sólo.

—¡Infeliz!

—La defenderé de todo y contra todo. Nuestras mujeres no la pueden comprender porque han tenido su casa y un puesto en ella... Diana, en cambio, ha vivido de hotel

en hotel. Sin tradiciones, sin método, sin hogar...

Lupe, molesta por aquella palabra que le indicaban que seguía brotando el amor del alma de Fernando, contestó displicente:

—Seguramente, se estará riendo de ti a estas horas, mientras tú la defiendes con tanto interés.

En aquel instante apareció Juanito. Había oído las palabras de su prima, y descosido de defender a la ausente, dijo:

—¡No es verdad! Yo la ví cuando se fué... Iba llorando.

—¿De veras?—preguntó Fernando.

—Sí, Fernando, sí.

—¡Oh, Juanito!

Lo abrazó Fernando contra su corazón. Aquellas lágrimas eran como un consuelo reparador para su alma. Lágrimas que querían decir aún cariño, que hablaban con mayor elocuencia que las palabras.

Lupe insistió aún, rabiosa:

—¡No hagas caso! Se burla de ti.

—¡Mi pobre Diana!

—¿Cómo te atreves a compadecerla?—dijo doña Cristina, disgustada—. ¿Dónde está tu orgullo de hombre, Fernando?

—No sé. Pero olvidáis una cosa que es más fuerte que todo. ¡Que la quiero con toda el alma!

Y se abrazó de nuevo a su hermanito, mientras la abuela y Lupe se contemplaban consternadas.

Llegó el día de la boda que se iba a celebrar en el palacio de lord Harry.

Lord Harry Kendall había invitado a numerosas amistades para asistir a la ceremonia de sus nupcias. En su ceguera e idiotéz no notaba que Diana iba hacia el matrimonio como el condenado a la horca. Creía que Diana no sentía por él demasiado amor, pero sí una tolerancia simpática. Estaba seguro de que con el rango de vida que iban a llevar, acabaría ella poco a poco por rendirse a su cariño.

Aquella mañana, doña Susana, que al fin iba a ver satisfechos sus ensueños, que le permitirían una existencia holgada y libre de preocupaciones, iba atareada de un lado a otro, preparándolo todo para el solemne momento.

Su prima Betsy ayudaba a vestir a la desposada, más pálida y blanca que su traje nupcial.

Betsy parecía adivinar aquel estado de ánimo, y, en cambio, doña

Susana, mujer superficial, no reparaba en el costoso sacrificio de su sobrina.

La había recriminado duramente por su excursión a las montañas, pero la decisión de ella de acatar sus órdenes la hacía mostrarse más tolerante y cariñosa.

Una doncella entró con un nuevo paquete en la amplia habitación.

—¿Dónde puedo colocar esto, señora?

—Déjalo por ahí. Me parece que llevas de todo, Diana. En último caso te compras en Londres, en cuanto llegues con lord Harry, lo que te haga falta.

—Está bien.

—¿Qué flores vas a llevar?—Le preguntó Betsy.

—Me da lo mismo.

Las flores tendrían para Diana la melancolía de las flores del cementerio.

Oyóse el timbre del teléfono.

Doña Susana, atareada en los úl-

timos preparativos, rogó a su prima:

—Mira a ver quién es, Betsy. Seguramente es lord Harry.

—No, no debe ser él. Hace poco estaba en el bar celebrando la vuelta de la hija pródiga.

—No critiques y contesta.

Betsy tomó el auricular.

—¿Quién? No, no es la señorita Carter. ¡Ah, bien!

Y mirando a doña Susana, explicó:

—Es un periodista que quiere algunos detalles.

—Déjame a mí.

Doña Susana se puso al aparato.

—*Hallo!* Sí... sí... Lord Harry y mi sobrina, lady Kendall, saldrán para Inglaterra inmediatamente después de la ceremonia... La boda se celebrará en la villa de lord Harry... Ya sabe usted... Gracias... gracias...

Estaba contenta por la publicidad que adquiría la noticia, y en cambio, a Diana le parecía que todo el mundo iba a enterarse de que era ofrendada como víctima —sin poder amarle, sintiendo aversión por él—a un dios viejo y sensual.



En la magnífica quinta que a orillas del mar poseía lord Harry, todo estaba ya preparado para la boda.

Lord Harry, irreprochablemente vestido de frac, con una gran gardenia blanca en el ojal, recorría las distintas salas de su residencia, perfumadas de flores y con el gran pasillo central flanqueado de cintas de color azul y alfombrado con tapices de Persia.

—Así, así está mejor. Estoy contento—decía a su criado, a quien,

a pesar de sus promesas, no había subido aún el sueldo.

El sirviente señaló a un caballero que estaba detrás de él hacia ya algún rato.

—Milord, el tenor que mandó usted llamar.

—¡Ah! ¡Es verdad! Perdona... No sé lo que tengo en la cabeza... Demasiado champaña probablemente... Oiga, ¿se avisó ya al coche, Isidro?

—Sí, milord.

—Perfectamente.

Sacóse un papel del bolsillo y lo entregó al tenor.

—Aquí tiene usted lo que ha de cantar en la ceremonia... ¡Ah! ¡Usted perdóneme!... Me olvidaba, Isidro. ¿Se encargaron las flores?

—Sí, milord.

El cantante, entretanto, había leído la lista de las composiciones.

—Un programa quizás un poco empalagoso, ¿no? — indicó lord Harry.

—Es una selección muy interesante.

—¡Oh! Tuvo mucho éxito en la ceremonia de mi primer matrimonio, ¿sabe usted?... ¡Ah! Un momento. Tengo que atender a tantas cosas... ¿Se facturaron los equipajes, Isidro?

—Sí, milord. Ya están en la estación, milord.

—Bien... Bien.

Y dirigiéndose de nuevo al tenor, que parecía un poco escamado por aquella abundancia de música clásica, añadió:

—Lo que yo creo es que son canciones un poco sentimentales. Pero aún estoy en edad de sentirme ro-

mántico de cuando en cuando, ¿no le parece?

—Efectivamente.

—Esta canción es muy bonita... Verá.

Y, francamente ridículo, cantó:

—“Cual dos pichones amorosos van, dos corazones hacia el nido aquel... ta, ra, ra...” ¡Ah! Usted tendrá mucho éxito, se lo aseguro.

El tenor no las tenía todas consigo. Aquellas canciones le parecían poco adecuadas al tiempo actual, enemigo de romanticismos.

Bruscamente se volvió lord Harry y preguntó a su paciente criado:

—¿Quedó ya instalado mi caballo?

—Ya lo han puesto en el vagón, milord.

—Gracias a Dios... Aquí hay que ocuparse de todo... Ahora me perdonará usted... Tengo que ir a recoger al padrino... Nos veremos luego...

Y se alejó cantando alegremente:

“Cual dos pichones amorosos van, dos corazones hacia el nido aquel.”

* * *

Lord Harry entró en la capilla, llena de invitados... Saludó afectuosamente al sacerdote que iba ya revestido para el momento de la ceremonia nupcial, y luego estrechó la mano de sus amigos que, con falsa sinceridad, le deseaban mucha suerte.

De pronto se anunció que llegaba ya la comitiva... Todas las miradas se dirigieron hacia la gran escalinata de honor por donde debían descender. Tras la verja del coro, situada en la parte izquierda del salón, el tenor iba a comenzar la canción preferida de lord Harry.

Pero de pronto un hombre le cogió por la espalda, le tapó fuertemente la boca con su mano para que no pudiera proferir un grito, y lo arrastró fuera de allí, atándolo y encerrándolo en un cuartito para que no estorbare. Después, lentamente, con su sonrisa tranquila y enigmática, ocupó su puesto, sin que nadie, atareado en la contemplación de la comitiva de la novia, hubiese puesto atención en aquel cambio.

Aquel hombre no era otro que Fernando, que, habiéndose enterado de la boda, venía con el propósito de estorbarla. Sonriente miró el papel arrebatado al tenor y esperó con impaciencia.

Lord Harry tenía una sonrisa alegre, del hombre que ve realizados sus sueños. Sus ojos esperaban, anhelantes, el momento de ver aparecer a la novia.

Bajaron primero de dos en dos, unas niñas, blancas y angelicales; después, parejas de muchachas bellas, como la misma estampa de la juventud, que sembraban de flores la escalera... Luego, Betsy... Después, pálida como las rosas de su ramo nupcial, la bella novia, blanca cual el armiño... Iba del brazo de su tía Susana, orgullosa de que llegase el gran momento.

La voz de Fernando se dejó oír, fresca y hermosa:

*Cual dos pichones amorosos van
dos corazones hacia el nido aquel
donde las sueñas del canlor esperan
a la amada y al gallardo doncel.*

Aquel timbre de voz estremeció

sin querer a Diana. ¡Qué loca! ¡Pues no le parecía la voz inolvidable! ¡No! ¡No! Y prosiguió bajando la alfombrada escalera que conducía al altar del holocausto.

Hasta aquel momento, Fernando había cantado la misma letra consignada en el papel, pero viendo que Diana se iba acercando al altar, cantó a su capricho con su inspiración doble de enamorado y de artista:

La novia está jella, ¡ja, ja!
Riquezas a sus pies... ¡ja, ja, ja, ja!
ha puesto su guión,
que sabe conquistar, ¡ja, ja, ja, ja, ja!
le que es amor.

La confusión que aquellas palabras produjeron fué indescriptible. Todo el mundo miró al coro sin comprender.

Diana creía estar soñando... Aquella voz era la del mismo Fernando... Pero ¿cómo era posible que aquel hombre estuviese allí?

Fernando seguía cantando cada vez más alegre y decidido:

Comprar felicidad, ¡ja, ja, ja, ja, ja!
Eso no puede ser, ¡ja, ja, ja, ja, ja!
En ella es fácil observar

Lord Harry se volvió furioso hacia el coro:

—Yo no he dicho a nadie que cantara esa canción...—gritó.

La voz seguía burlona y cruel:

su gran dolor.
Su corazón llorando está...

Diana, al oír aquellas palabras, ya no dudó de que se trataba de Fernando. Este, emocionado, se acercó a la verja y la joven dió un grito y le reconoció.

Todo fué instantáneo, con una rapidéz impresionante. Lord Harry dirigió la vista hacia el coro y descubrió al para él odioso muchacho de la montaña.

—¡Ah, miserable! ¿Cómo ha venido aquí?

Todos los invitados se miraban aterrados, sin comprender la causa del incidente, de aquel canto de burla que el misterioso personaje repetía.

—¡Fernando!—clamó Diana, y rechazando el brazo de su tía quiso ir hacia la verja.

En aquel instante, Betsy apagó la luz... Entre la confusión de las sombras los gritos resonaban como los de náufragos en lucha con los elementos.

Fernando, dispuesto a todo y deseoso de arrancar a Diana de aquel trágico sacrificio, se dirigió hacia ella, y, sin que Diana opusiera la menor resistencia, comprendiendo que él era la única razón de su vida, desaparecieron en la oscuridad hacia el jardín.

Por fin alguien encendió la luz.

Lord Harry, pálido y asustado se hallaba abrazando a una mujer creyendo que se trataba de Diana.

—¡Vida mía! ¡Mi amor! ¡Ángel mío!

Pero al encenderse la luz, vió con la consiguiente sorpresa que estaba abrazado a Betsy.

—¡Oh! ¡Perdón!

Betsy reía, contenta de ver que con su estratagema había facilitado la huida de Diana.

—¡Oh! ¿Dónde está Diana?

¡Diana! ¡Diana!... ¿Adónde se ha ido Diana? ¡Diana! ¡Diana! ¿En dónde está? ¡Diana! ¡Diana!...

Y enloquecido de desesperación, furioso por el ridículo que estaba corriendo, pues veía que también había desaparecido Fernando y sospechaba de un rapto, lord Harry empezó a recorrer las habitaciones lanzando el angustioso grito mientras en los labios de los invitados flotaba una sonrisa socarrona y alegre.

¡Pobre vicjo!

En el magnífico jardín que rodeaba la finca de lord Harry, Fernando se detuvo unos breves momentos con Diana.

—¡Vida mía!

Diana le contempló con inquietud.

—¿Por qué te seguí? Debo estar loca para hacer lo que he hecho.

—No... Has venido porque me quieres... Porque nos queremos... ¿Te creías que lo que hiciste iba a impedir nuestra felicidad? Comprendí que te sacrificabas y quise evitarlo.

Ella le miraba con amor, pálida por las emociones sufridas.

—Te engañé... No tengo derecho a tu perdón... Pero me asustaba la vida... el tener que decidir por mí misma... Las muchachas como yo somos seres inútiles y necesitamos estar rodeadas de un ambiente falso de diversión y de lujo... Ya ves, y, sin embargo, el amor, el verdadero amor, era un lujo que yo no podía sostener... Por eso traté yo de ahogarlo.

—Sí, pero no podías ahogar un amor tan profundo, tan eterno co-

mo el nucatro. En cuanto te tuve entre mis brazos comprendí que tenías que ser mía para siempre... No puedo dejarte ir... Te quiero más que a mi vida... No te separarás nunca de mí...

Dispuesta a seguirle, comprendiendo que en su lucha entre el interés por los demás y el amor, acababa venciendo éste como dueño único y soberano, ella agregó:

—Sí, Fernando. No me dejes nunca... Iré adonde me lleves... Comprendo que es demasiado peso para mí el vivir con lord Harry... Seré lo que tú quieres que sea... ¿Qué más puedo soñar que estar contigo?

—¡Diana de mi corazón!

Oyeron en aquel momento pasos y voces cada vez más cercanos, y Fernando exclamó:

—Vámonos en seguida. Es necesario que no nos encuentren... Una canoa nos espera. Iremos lejos... en nuestro yate.

—Pero, ¿tienes un yate?

—Sí, vida. Un barco con el que he realizado todos mis viajes y con el que después de casados realizaremos el nuestro de luna de miel.

El mar estaba cerca... Subieron a una canoa, tomando rumbo hacia un yate de fina y esbelta silueta que se mecía a la brisa de la tarde.

Lord Harry daba grandes voces

por el jardín. Estaba descompuesto, jadeante... Se adivinaba en él al hombre desdichado que ha perdido su orientación. Iba en compañía de Betsy que disimulaba su gran alegría ante tan inesperados acontecimientos.

—Deben estar por aquí — murmuraba—. No pueden haber ido muy lejos... ¡Mi Diana!... ¿Los ha visto usted? ¿Sabe dónde han ido?

—No lo sé.

—¿Está usted segura?

—Sí...

Betsy vió en aquel momento el bote que conducía a los dos enamorados, y deseosa de que lord Harry no se fijase en ellos, fingió inmediatamente un desmayo a fin de atraer la atención del aristócrata sobre ella.

Lord Harry la acogió en sus brazos no sin esfuerzo.

—¡Socorro, alguien, pronto, pronto!... ¡Se ha desmayado!... ¡Se ha desmayado!... ¿Qué hacer?... ¿Qué hacer?

Pero como, a pesar de las precauciones de Betsy, viese él de pronto la lancha en que se alojaban los tórtolos, lanzó un nuevo grito de rabia.

—¡Oh, allá van! ¡Se escapan! ¡Se escapan!

Sin saber qué hacer, sostenía aún

en sus brazos el cuerpo de Betsy. Finalmente, lo dejó sobre el banco a tiempo que llegaba doña Susana.

—¡Doña Susana, esto es horrible!... ¿No lo ve?... Están huyendo. ¡Hay que ir allí!... ¡Oh, me parece que lo toma usted con demasiada calma!... La han robado por la fuerza al pie del altar.

Betsy simuló volver en sí y murmuró irónicamente:

—¿Por la fuerza?... Sí, sí.

Sin saber qué hacer, impotente en su fracaso, vieron cómo la juvenil pareja se acercaba al yate.

Apareció el mayordomo de lord Harry y dijo respetuosamente, con un gesto de abatimiento:

—No encontramos a la señorita por ninguna parte.

—¡Claro! ¡Está ya lejos!... ¡Es horrible!... ¿Dónde pueden ir?

Doña Susana estaba anonadada... Betsy en cambio no podía disimular su gozo... Lord Harry parecía haber envejecido repentinamente, como si se hubiese disuelto en un instante toda la fuerza de su supuesta juventud.

—¿De quién es aquel yate que está allá?—preguntó de repente doña Susana, viendo con extrañeza que el bote atracaba junto a la lujosa embarcación y la pareja saltaba al yate.

—De un hombre de estas tierras, señora—dijo el mayordomo.

—¿Un hombre de estas tierras tiene un barco como ese?

—Sí... Es muy rico... Ha ganado millones en Sudamérica... Se llama Fernando Urrutia.

¿Era aquello posible?

—¿Fernando Urrutia?...

Cambió de expresión: doña Susana era partidaria del "tanto tienes tanto vales", y, sin darse cuenta, su faz se iluminó de gozo.

—Ya decía yo que, a pesar de todo, le encontraba un "no sé qué" simpático. Menos mal que tiene dinero... Ya no se ha perdido todo... Porque supongo que se casará con ella... ¡Si así no fuera!

—Claro que se casará... Pues ¿no faltaba más?—contestó Betsy.

—¿Qué quieren decir con eso? ¿Es que le dan acaso la razón? ¿Le parece bien lo ocurrido?—protestó airado lord Harry.

Doña Susana miró tristemente al aristócrata que había fracasado en el amor y le dijo:

—Lord Harry, no encuentro palabras con qué expresar lo apenadísima que estoy. Pero...

—Bien, bien... Me parece que he hecho ya demasiado tiempo el ridículo... No espere usted que me case con su sobrina. No me faltará

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

a quien escoger para sustituir a la ingrata muchacha.

Y marchó rígidamente, mientras las dos mujeres, encogiéndose de

hombros, contemplaban el yate que copiaba su sombra en el azul luminoso y en el que se hallaba el verdadero amor.

* * *

El capitán del yate propiedad de Fernando Urrutia, recibió del joven la orden de marchar sin rumbo fijo, a su placer, gozando unas horas del inmenso espacio libre...

Muy juntos, acariciándose las manos, cambiando ardientes besos de amor, vieron los dos enamorados deslizarse la tarde... Y él le can-

taba suavemente, acompañado por la melodía del mar:

*Dame tu mano y ven,
se llevad al cielo
donde las almas ven
cruceños de amor.
Amor inmenso, profundo amor,
Como a nadie te quiere,
Eres mi amor postremo
y mi primer amor.*

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará, 16.** - Madrid: **Evaristo San Miguel, 11**

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.—El gran desfile.—Miguel Borogoff o el Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 12.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Naniás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El hijo de Montecarlo.—Vida bohémica.—Zaid.—(Adiós, juventud)—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el Burlador de Sevilla.—Noche nupcial.—El séptimo cielo.—Beau Gracie.—Los vencedores del juego.—La mariposa de oro.—San Har.—El demonio y la carne.—La castellana del Libano.—La tierra de todos.—Tropodi.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y arena.—Águilas trinitarias.—El sargento Malacata.—El capitán Borrell.—El jardín del edén.—La princesa mirrita.—Ramona.—Dos amamas.—El príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El angel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La ballarina de la época.—Ben Ali.—Los cuatro diablos.—1816, pájaro del Valga, Volga.—La sintonía patética.—Un cierto muchacho.—Nostalgia.—La ruta de Singapur.—La novia.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Los tres pastores.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—Viva Madrid, que es mi pueblo.—Sombras blancas.—La copia andaluza.—Los rossos.—Itarna.—El cundo de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El pagano de Tabli.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La sonata del 93.—Kapelianski.—Evangelina.—Orquídeas salvajes.—El calabrera.—Epitafio.—La mástora del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja historiga.—Pasión.—Tercación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerca.—Las dos hermanas.—La canción de la estrella.—El precio de un beso.—La raposita del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrillado.—Cuatro de infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (la gran périda).—El valiente.—De frente, marchen!—Prim.—El presidente.—Romance.—El gran chico.—Tempestad.—El día del mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Hurricanes nuevos.—San Har (edición popular).—La incorregible.—El mal.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mio sená!—(Albay) — La mujer que amamos.—Al compás de 1/4.—La princesa se enamora.—Amorcer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Rapos a media.—Eclipses de la moda.—Petit Café.—Hay que castar al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto se ama.—Marrucos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del barón.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La Sora del mar.—Tabó.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yanqui en la corte del rey Arturo.—El código penal.—La pura verdad.—Materidad o el derecho a la vida (fuera de serie).—Cerbón (La tragedia de la mina).—Kestelianski.—Las peripetias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran tres.—Chet-Bibi.—Bécame otra vez.—Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La divorciada.—Madame Satán.—¿Cuándo te casadas?—Marionita.—El carnet amarillo.—Hombres a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—Viva la libertad!—Malvada.—El temido del amor.—Deliciosa.—Cielo robado.—Amargo idilio.—Honor entre amantes.—Para alcanzar la luna.—El hombre que se casó.—Rindase!—La calle.—El prófugo.—Milicia de paz.—Amores de molinero.—Miguel Borogoff o El Correo del Zar (edición popular).—La hermana de San Sulpicio.—El demonio y la carne (edición popular).—La dama misteriosa.—Los claveros de la Virgen.—Pareja de baile.—Alma libre.—Al Capone (Pólico en Chicago).

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección,
considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La formidable novela, entusiásticamente encomiada por los
más reputados críticos europeos:

MUCHACHAS DE UNIFORME

La vida en un pensionado. Escenas de intenso dramatismo.

Obra laureada en Alemania.

Asunto que ninguna mujer ni ningún padre deben dejar
de leer.

En preparación, otro acontecimiento:

Marido y mujer

La película que emociona, subyuga, deleita e instruye.
La película de los novios, de las madres, de la ternura y
del amor que sabe sacrificarse.

Es una maravilla FOX, una obra de arte cinematográfica.
Habla en español por JORGE LEWIS, CONCHITA
MONTENEGRO, etc.

Recuerde usted:

Mata-Hari

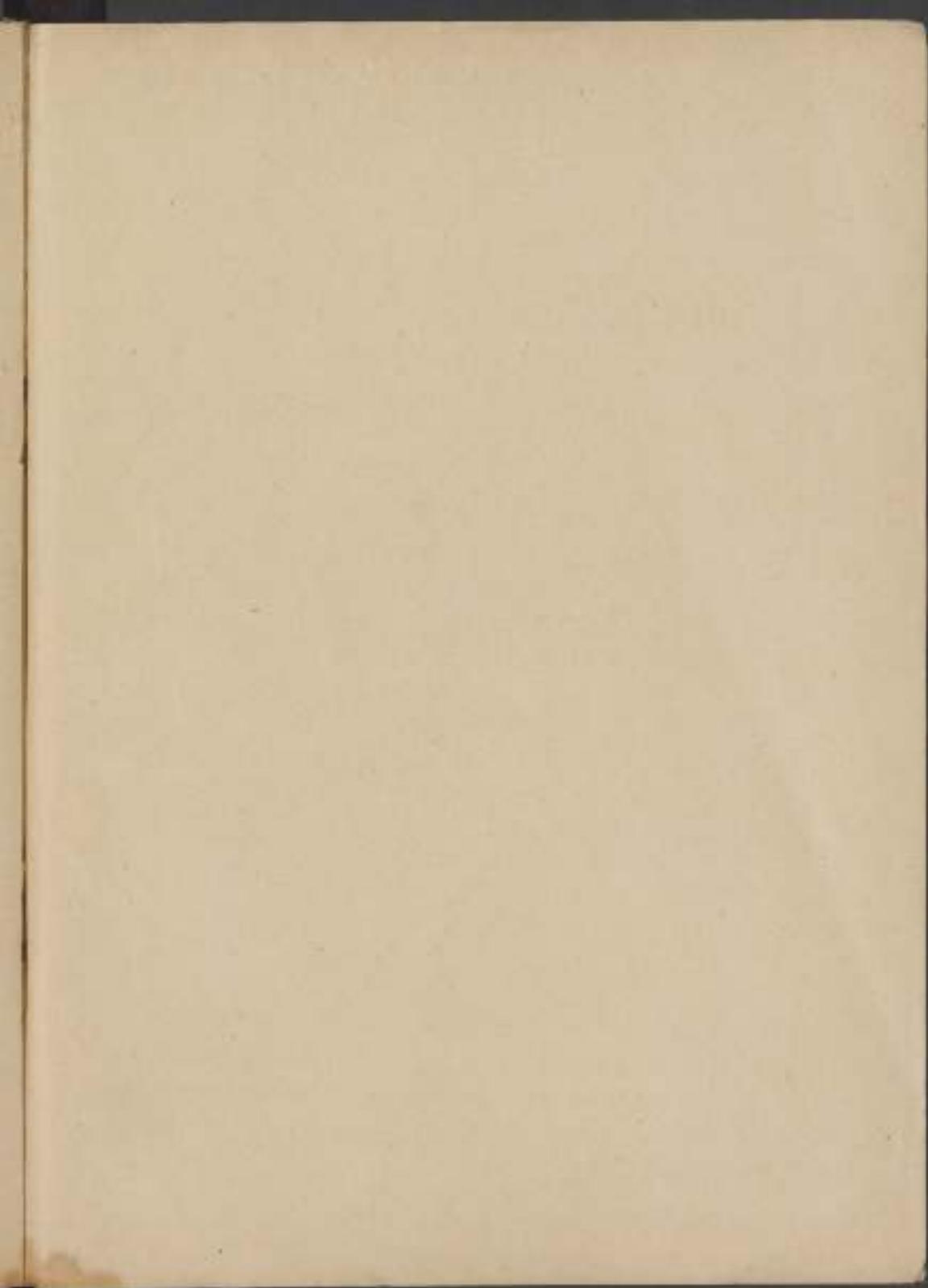
por GRETA GARBO, RAMON NOVARRO,
LEWIS STONE y LIONEL BARRYMORE

EN BREVE:

José Mojica ante la vida y el amor

Sensacionales revelaciones: -:- Cartas de amor

Haga sus pedidos desde ahora mismo



OSS NSE. (M.V.)

E. B.

Precio: Una peseta